

GENIIT

sociología
ciencia — literatura

Sumario

Dr. Juan Lazarte: Cultura y comunidades libres. — Eusebio C. Carbó: Rectifiquemos nuestros errores. — Alberto Carsí: Homónimos honrosos. — J. P. Valls: Sobre iniciación ideológica. — G. W.: Orwell y el anarquismo. — Manuel Devaldes: De Stirner a Malthus. — Federica Montseny: Cuentos de la noche. La evasión. — Esperanto. La vida del idioma internacional. — Vida Esgleas-Montseny: Cuestiones de enseñanza. La Geografía. — Angel Samblancat: Propiedad facinerosa. — Filosofemas. La masculinocracia. — Ricardo Mella: Ideario (folletón encuadernable).

58

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA



LOS MUROS DE JERUSALEM

La actualidad internacional da un nuevo relieve a estas piedras, por las que la leyenda ha hecho desfilar el cortejo de la crucifixión del Cristo.

Todos los intereses económicos del capitalismo chocan con violencia en esta encrucijada de los países antaño dominados por la influencia árabe y que hoy son teatro de una lucha constante, unas veces sorda, otras espectacular.

Jerusalem, tierra prometida del pueblo judío y lugar santo del mundo cristiano, es hoy una de las figuras del tablero de ajedrez en que se juegan el petróleo y las rutas terrestres y marítimas por las que el precioso líquido corre a enriquecer a los grandes magnates capitalistas internacionales.

Y un mundo de desgraciados, supervivientes de todas las persecuciones y de todas las masacres, viven su drama alrededor de estas piedras. Porque los grandes judíos siguen siendo dueños del oro internacional. Y son los pequeños judíos -- los que murieron en los hornos crematorios y bajo todos los «pogroms» -- los que mueren todavía, extenuados por el trabajo o combatiendo contra los árabes, entre los muros de Jerusalem o sobre los desiertos de arena que el esfuerzo de los hombres va transformando en tierras fértiles.

Árabes y judíos del pueblo, luchan y se matan por causas e intereses que les son extraños, pero que la logomaquia política ha conseguido convertir en cosas fundamentales y en símbolos eternos.

¿Hasta cuándo la ceguera de los hombres permitirá su explotación y su sacrificio?

CÉNIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgeas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

CULTURA Y COMUNIDADES LIBRES



AS verdaderas tradiciones culturales antiguas y modernas se basan en las comunidades, en Oriente u Occidente.

Es corriente entre los historiadores de las grandes culturas de la humanidad, aceptar como un fundamento inicial las comunas aldeano-campesinas que posteriormente dan nacimiento a las culturas urbanas, buenas al principio, tratándose de pequeñas ciuda-

des y malas cuando terminan, como vimos, en las urbes guerreras o imperialistas.

Las comunidades aborígenes chinas fueron aldeano-campesinas. «Es índice indiscutible—dice un historiador—que la célula de la economía y política china era la aldea». Las ciudades tienen siempre sus cimientos aldeanos campesinos. Pero es en la vieja y nueva India, a través de toda su historia y realidad presente, donde se ve claramente el desarrollo, evolución y naturaleza del problema que venimos exponiendo. La población india vivió secularmente una vida activa en este clima limitado. Sacerdotes y príncipes, militares y comerciantes no tuvieron importancia en las comunas del valle del Indo, donde, la gente vivía en paz, y no existió arte monumental que dejara expresiones para que el futuro reconociera el dominio del poder sobre los hombres.

Las tribus indias estaban organizadas en unidades familiares firmes y vivían en aldeas (1). La tradición aria nos describe una aldea ideal construida según el modelo de los «corrales para ganados» que se esparció por todas las co-

marcas ocupadas por los arios: «Toda aldea constaba de un recinto cuadrangular amurallado, dos calles que se sortaban en ángulo recto y una plaza pública donde se alzaba un santuario y se reunían los ancianos de la aldea. Las casas de la aldea colocadas a lo largo de las calles eran propiedad privada de los jefes de familia y no podían enajenarse sin consentimiento de la colectividad. Entre las casas y el muro quedaba un espacio libre, consagrado a los dioses y usado para la defensa. La comunidad sostenía baños públicos, parques, huertas y bosquecillos sagrados.»

«En derredor de cada aldea había una ancha franja de terreno que, aunque pertenecía a la aldea, se distribuía en parcelas entre los jefes de familia y se cultivaba en campos individuales. El ganado que también era de propiedad privada se apacentaba en los terrenos de la comunidad. En las afueras de los terrenos comunales había centinelas apostados... El concejo de los ancianos de la aldea que se elegía cada año, tenía a su cargo la salubridad pública, la defensa y la administración de la ley. Hay que tener presente que la ley no era sino la costumbre observada en las aldeas. Aunque no hay razones para creer que la aldea indú se ajustase alguna vez al modelo ideal, no cabe duda de que una comunidad que desempeñaba las funciones a ella atribuidas se convirtió en la unidad comunal básica de la vida indú.»

«Fuese cual fuese su organización, es de creer que las aldeas eran repúblicas primitivas gobernadas por patriarcas. Las menores contenían probablemente unas doscientas familias y las mayores tal vez ochocientas» (1).

El trabajo estaba regulado por medio de los gremios.

(1) Algo semejante lo encontramos en la civilización incaica o del Perú, y principalmente Mayas y Aztecas de Méjico.

(1) Ralph Turner: «Las grandes culturas de la Humanidad», pág. 357.

La India tiene 561.000 comunas (pueblos y aldeas) y desde que planteó Gandhi el problema de su reestructuración, la política más importante del grupo de personas que gobierna o dirige ese país ha sido de fomento rural, amplios programas de desarrollo comunal en el cual en cada comarca y pueblo entran en acción las propias fuerzas organizadas de los habitantes que son los que deben preparar y ejecutar los programas. De tal manera se piensa mejorar las condiciones de vida y trabajo y de organización libre, pues los ideales del grupo gandista en la India son una especie de socialismo pacifista, sin violencia, de acuerdo a las características tradicionales de dichos pueblos. Lo más probable es que al palpar las dificultades y peligros del Estado Moderno Occidental que va siendo mundial, aspiren dichos pensadores a hacer pasar por alto la época estatista, es decir, la etapa estatal, para llegar a una organización federativa comunal.

Queda en dicho país el desarrollo comunal rural como elemento principal de la planificación nacional.

Fué Gandhi, decíamos, el más ardiente partidario del mejoramiento integral de los medios rurales, aldeas y pueblos, como base del progreso social y económico del país y como un programa constructivo de liberación y organización que sobrepasase los medios locales y se extendiera ampliamente.

El 2 de octubre de 1952, aniversario del nacimiento de Gandhi, se emprenden diversos proyectos de desarrollo comunal. Cada proyecto abarca 300 pueblos aproximadamente con una población de cerca de 300.000 habitantes, dividiéndose en tres núcleos de desarrollo (1) con una superficie total de 450 a 500 millas cuadradas... Cada zona se ha dividido en tres sectores de desarrollo, cada uno de los cuales comprende un centenar de poblados con un total de 60 a 70 millares de habitantes. Cada sector se subdivide a su vez en grupos de cinco pueblos y para cada grupo se designa un delegado local.

Las principales actividades emprendidas con arreglo a los programas de desarrollo comunal comprometen trabajos agrícolas conexos, obras de riego, comunicaciones, instrucción, higiene, empleo accesorio, vivienda, formación profesional y bienestar social.

Los principios básicos declarados fundamentales en el programa de desarrollo comunal, consisten en modificar la mentalidad de 60 millones de familias que viven en los campos y despertar en ellas la ambición y la voluntad de vivir en mejores condiciones.

a) Por el aumento del empleo y la producción mediante la aplicación de métodos científicos de cultivo y de creación de industrias subsidiarias y rurales.

b) Por el estímulo de la labor personal, la confianza en sí mismo y la cooperación.

c) Por la utilización en beneficio de la comunidad de una parte del inmenso volumen de energías y tiempo que se pierden en las comarcas rurales (1).

En la realización del proyecto entran las siguientes medidas preliminares:

a) Un análisis de la situación económica de la región.
b) La determinación de los obstáculos que se oponen al desarrollo de una región dada.

c) Una evaluación de los recursos materiales y humanos de la región.

d) Un estudio de las relaciones que mantiene la región con el mundo exterior en cuanto a su producción y consumo exterior y del grado en que depende de sus exportaciones, importaciones u otras transacciones financieras con el exterior.

e) La determinación de los métodos aplicados y para la explotación de los recursos locales.

f) La determinación de la posibilidad de aprovechar mejor dichos recursos.

g) Un estudio de la conveniencia que esa mejora potencial podrá tener para el bienestar social o según otros criterios aplicables.

h) La determinación de un orden de prioridad (factores técnicos) y de otro orden que han de tenerse en cuenta al trazar los planes del desarrollo—financiero y material—según queda fijado en los proyectos comunales.

j) Una evaluación de la mano de obra necesaria para facilitar la repartición de la población en diferentes categorías y proceder a los cambios que sean de desear en la composición del volumen total del empleo.

k) Un estudio de las posibilidades de empleo que se puedan ofrecer a la población sobrante.

l) Determinación de la manera de canalizar el nuevo poder adquisitivo obtenido en el proyecto (-).

La participación de la población en la reconstrucción rural es ineludible y sin ella no habrá reforma o avance. «Ninguno podrá alcanzar éxito si no se consigue ante todo que los millones de pequeños agricultores del país acepten sus objetivos, participen en su realización, lo consideren como su esfuerzo propio y estén dispuestos a hacer los sacrificios que imponga su ejecución (2).

Si no hay apoyo activo en la población y que ella comprenda las necesidades de los trabajos, no habrá jamás éxito, por cuanto las poblaciones ya no están dispuestas a trabajar para sus amos. Los habitantes de las comunas han de estudiar sus necesidades y planear sus propios programas a realizar por el camino ya conocido del trabajo y la cooperación.

Se han restablecido los consejos rurales o comités rurales, que en la antigua historia india se llamaban «Panchayats». De época remotísima se fueron perdiendo sus funciones y significado a medida que el Poder político y económico de explotación arruinaba a los pueblos, llámese capitalismo, imperialismo u otra forma de coerción violenta. Estos consejos rurales existían cinco o seis siglos antes de Cristo, estaban compuestos por ancianos elegidos directamente por el pueblo y se ocupaban de justicia, bienestar de la comunidad y defensa exterior.

Estos consejos rurales «Panchayats» tendrán poderes y

(1-2) S.S. Dhami: «El fomento rural en la India». *Revista Internacional del Trabajo* V. XLIX núm. 5 mayo de 1954.

(1) S.S. Dahani, op. c.

(1) S.S. Dhami, op. c.

(2) S.K. Jain: «Un ensayo de fomento rural en la India. El proyecto piloto de Etawah. *Rev. Int. del Trabajo*. Octubre-noviembre 1953, números 4 y 5.

autoridad administrativa, es decir, serán *autónomos*, pues si no son autónomos serán instrumentos de otros poderes centralizadores y el único progreso consistirá en la explotación, recaudación administrativa para el Estado central y poco beneficio para la localidad. De aquí que con un maravilloso sentido gandhiano se les devuelve su antigua autonomía.

En general los consejos están autorizados a tomar medidas para la construcción y conservación de carreteras, alcantarillas y puentes, así como de saneamiento y asistencia médica y primeros auxilios, abastecimiento de agua potable, vigilancia y conservación de edificios públicos, bosques y pastos y escuelas rurales. Sus actividades pueden extenderse en ciertas direcciones. Tienen derecho a imponer servidumbre de trabajo (siempre que ésta beneficie directamente a la colectividad): 48 horas en Punjab, cuatro jornadas en Orisa, etc., o contribuciones en metálico a todos los vecinos varones aptos. Se proyectan construir 14.000 nuevos Panchayats, elevando así su número a 69.000 (1).

Numerosas organizaciones políticas y de reconstrucción rural y comunal se forman espontáneamente por el pueblo, que ayudan con su trabajo y responsabilidad. Según los viajeros, los habitantes trabajan con entusiasmo, pues los pueblos son generosos cuando ven otro camino que no pase en su dominio o explotación.

Jawaharlal Nehru, que fué siempre un militante de espíritu socialista y enemigo de la violencia desatada u organizada, dice: «Los proyectos comunales nos ofrecen una ocasión única de transformar por una revolución pacífica todo el país y particularmente las comarcas rurales que han estado tan abandonadas hasta hace poco», y, según él mismo, el éxito no va a depender de las burocracias, de las papelerías, libros y estadísticas, sino del espíritu que anima a los hombres en el trabajo y la confraternidad, vale decir, en ese gran factor de evolución que es la ayuda mutua y que vivificó siempre los destinos y las acciones fehacientes del hombre como individuo y de las masas como componente de una humanidad, en avance y perfeccionamiento lento, pero indetenible en sus aspectos integrales.

«Los campesinos de la India conocieron tiempos mejores antes de la llegada de los ingleses. Como decimos, eran miembros de una especie de colectividad aldeana. Los impuestos eran pagados en bloque por la comunidad y un cierto porcentaje iba al soberano local».

Es de notar en los últimos tiempos, el movimiento de los campesinos en el Estado de Haiderabad, en el año 1947.

Sobre su territorio, cuya superficie se ha estimado en diez millas cuadradas, una especie de gobierno campesino fué establecido. Agrupando más de dos mil aldeas y una población de más de cuatro millones de personas, el territorio «liberado» fué rápidamente organizado. Se constituyeron comités aldeanos y silos colectivos; estos silos distribuían la semilla y la tierra era repartida por los comités. Los pequeños propietarios conservaban sus bienes hasta su límite de cien arpentas (se fijaron también límites diferentes); todo lo que pasaba de estas cifras era repartido entre los campesinos por los comités. Las posesiones de aquellos cuyos policías habían cometido atroces barbaridades contra los rebeldes, fueron enteramente confiscadas. En total 100.000 arpentas de tierra fueron repartidas de esta manera. Las antiguas deudas fueron anuladas y la tasa anual para los intereses fué fijada en un 6 por 100 en lugar de los exorbitantes de los antiguos usureros.

Tribunales del pueblo establecidos en las aldeas se encargaron de juzgar a los enemigos. Grupos culturales se encargaron de la educación política de los campesinos y organizaron políticamente las aldeas. Esto pasó en Telengana famosa.

En Bengala, durante el año 1950, más de 400 aldeas se organizaron con gobierno local campesino.

Los pueblos de la península indostánica tienen en su reciente historia uno de los acontecimientos más gratos a las esperanzas de los hombres y ha sido el desplazamiento del imperialismo inglés por medio de la no violencia. Sin embargo no todos sus hombres significativos son místicos. Sarat Chandra Bose, republicano socialista de la India, también dijo: «Nuestra tarea es combatir el culto delirante del Poder, la administración deplorable de los autócratas encarnizados y la explotación fanática de las masas».

Es muy posible que este otro gran movimiento de envergadura, de liberación y avance creador comunal, madure y llegue a resultados positivos como se está viendo, y enseñe finalmente al mundo, que los pueblos pueden organizarse libremente en el trabajo y la vida, sin pasar previamente por las etapas del Estado moderno. Esta será una gran lección para el mundo occidental, pues recién se habrán iniciado caminos de paz y liberación entre los hombres, tan separados por sus instituciones ya que la «comunidad es un factor decisivo en la dirección de la mentalidad individual».

Doctor Juan LAZARTE

(1) S.S. Dhami, *op. c.*

(1) Tibor Mende: «La India Contemporánea», pág. 141.

Es sobre todo en vísperas de una revolución, cuando se la cree imposible. — Jules SIMON.

RECTIFIQUEMOS NUESTROS ERRORES



A publicar unos artículos sobre jóvenes y viejos—asunto que se debate periódicamente en nuestros medios desde largo tiempo—, Gastón Leval evoca entre algunos que **no sirven ya para nada**—según afirmaba hace poco un mozo cuyas treinta primaveras arrastran muy trabajosamente una decrepitud sin posible compostura—el recuerdo de lo que sucedió ayer en uno de los núcleos importantes de la emigración española.

Hace de ello ya unos años. Eran los tiempos en que, no habiendo llegado aún a su término la horripilante carnicería que estallara en 1939, se hablaba a todo trapo—demostrando con ello que la brújula no estaba firme en nuestras manos—de **socialismo democrático**. Una innovación de parecido tenor que otras, anteriores o posteriores.

Porque fueron varias las registradas en corto período. Figuraba entre ellas la demarcación rigurosa entre jóvenes y viejos en el campo anarquista. Con esa demarcación se llegó a extremos desconcertantes. Y no podemos ignorar que cuanto motiva un aturdimiento como el que fué general en aquel caso, es susceptible—si no existen la capacidad y la firmeza indispensables para determinar un alto en el camino—de exponer nuestra tendencia a una merma de sus prestigios.

¿EN QUE SE FUNDA LA DEMARCACION?

En nada que pueda ser, bajo ningún pretexto, un fundamento digno de tomarse en serio. En nada capaz de soportar ni el más ligero sople de la crítica.

¿Cómo si no nos fuera dable observar casi a diario la triste, lamentable decrepitud de algunos jóvenes de veinticinco años, en contraste que emociona con la lozanía sorprendente de algunos viejos de sesenta y hasta más!

¿Es qué no dice nada el recuerdo de Faure, de Lorenzo, de Bertoni, de Urales, de Galeani, de Mella, de Malatesta, etc.... etc.—y queremos referirnos tan sólo a los que han muerto ya—, cuya **juventud** envidiaban todos aquellos militantes de nuestro campo que por la edad habrían podido ser sus nietos?

¿A qué móviles obedece ese afán incomprensible de darles la espalda a realidades vivas y palpitantes de que fuimos más de una vez actores o testigos?

¿No salta a la vista de un ciego que nos conviene una más acentuada coherencia? Únicamente cabe decir ciertas cosas situándose de espaldas al más elemental sentido de responsabilidad sin recatos de ninguna especie. Y no puede tolerarse que ello sea presentado como un servicio al ideal. Distan mucho de favorecerle algunas estimaciones inconexas y desarticuladas.

PUNTUALIZANDO

¿Es lógico, es serio, es prometente que cerremos los ojos a las enseñanzas de nuestra misma historia? ¿Es qué no somos capaces de encontrar en ella la demostración palmaria del carácter abiertamente negativo de ciertas actitudes? ¿Ignoramos, acaso, que después de cada una de nuestras grandes crisis—esas crisis de que en el fondo salen robustecidas las corrientes transformadoras, por tener su principal punto de apoyo en los sentimientos, en los anhelos y en las esperanzas del pueblo—, fueron siempre los «viejos jóvenes» los encargados de recoger los escombros de la catástrofe para darles forma otra vez, no contando con la ayuda de los «jóvenes viejos»?

Por lo visto, las razones apuntadas carecen totalmente de valor. Pasaron sin pena ni gloria al sentarse los prolegómenos de la demarcación a que nos estamos refiriendo. Y se acordó no admitir a los **viejos** al alcanzar los treinta y dos años entre los **jóvenes** que no lleguen a tenerlos.

Por consiguiente, a tenor del novísimo modo—cuyos entronques con el anarquismo y con el sentido común se buscan en vano—, en veinticuatro horas se pasa de la juventud a la vejez.

NAVEGANDO SIN RUMBO

¿No resulta portentoso? ¿En qué ha venido a parar lo que la fisiología y la historia demuestran? ¿Y el concepto de las energías morales manifestándose con frecuencia en individuos que llevan a cuestas el peso de tres cuartos de siglo?

¿Serán la fortaleza del músculo y la vibración de las ondas nerviosas y la rapidez con que circula el licor precioso el único signo característico de la juventud? ¿Es qué no vemos a cada paso hombres de treinta años plétóricos de vitalidad, corpulentos, sanguíneos, hercúleos, incapaces de todo, gimiendo bajo el peso aplastante de unos achaques morales que les convierten en triste desecho?

¿Se les puede llamar jóvenes? ¿En qué se fundaría quien dijera que lo son?

El concepto señalado de la juventud y la vejez es arbitrario de punta a rabo. Se funda en una positiva **herejía**. Una de esas herejías que el ateísmo de los anarquistas siempre trató de evitar.

Pero los actuales son otros tiempos. Y han pasado a la historia muchas de las consideraciones que nos movían ayer. Es verdad que se tiene en cuenta todavía que el «renovarse o perecer», es un aforismo sin vuelta posible de hoja. Pero se pierde de vista que ciertas renovaciones a **rebours**, por su discordancia con aquellos imperativos biológicos a que permanecen sujetos los hombres, tanto en el aspecto individual como colectivamente, entrañan la muerte.

LA EXPOSICION DE MOTIVOS...

No tener en cuenta nada de lo que la razón quiera y es reclamado por el sentido de la justicia, significa echar por la calle de enmedio, a salga lo que saliere.

En fin, el hecho incuestionable es que se tomó el acuerdo de no admitir a los «viejos» entre los «jóvenes». Pero es obligado hacer constar que **fué por algo**. ¿Por qué? La exposición de motivos es todavía más peregrina que el mismo acuerdo. Es indispensable haber vivido ciertas cosas para que no le escape a uno la posibilidad de darles crédito. Y así y todo cuesta trabajo hacerlo.

Habiendo fracasado los «viejos» en sus actuaciones ordinarias, asomaba el peligro de que metidos entre los «jóvenes», les desorientaran. La reunión lo proclamó así sin recatos de ningún género. Y quiso solucionar el arduo problema aplicando cataplasmas a una pierna de madera. Porque es ya sabido que ciertas soluciones de tiro rápido no solucionan nada. Antes bien lo complican todo.

Si tal fué el «motivo»—y nosotros, en virtud de una suspicacia muy natural y muy humana, tenemos derecho a suponer que era otro muy distinto—, debiera ser explicado con claridades meridianas, por lo mismo que su fondo resulta injurioso para infinidad de compañeros de más de treinta y dos años que han consagrado la flor de sus energías a la defensa de nuestros principios, cayendo cien veces y levantándose otras tantas, sin volver nunca atrás la mirada.

PASADO Y PRESENTE

Estábamos acostumbrados a considerar que tan sólo en base a unos antecedentes concretos se puede establecer una conclusión. Pero ésta debe ser una de las mil cosas que han envejecido sin que nos diéramos cuenta de ello, hecho que justifica ahora la rectificación—que es revisionismo en marcha—de que hablan algunos a voz en grito.

Si. Se afirma sin titubeos que es preciso rectificar. ¿En qué sentido? ¿Cuáles son los extremos de la concepción anarquista que se han declarado en quiebra? ¿En qué puntos han dejado de responder a las necesidades de ahora y de siempre? ¿En qué aspecto perdieron nuestras verdades aquel sentido de eternidad que las hace indestructibles? ¿Cuáles son, en qué consisten y cómo se manifiestan aquellos **anacronismos** negativos que los viejos se obstinan en mantener?

Se habló de ellos miles de veces. Y se sigue haciendo casi a diario. La mayoría de los que tal hacen son personas que de anarquismo saben poquita cosa.

Tales cuestiones deben ser tratadas sabiendo lo que se lleva entre manos y cuidando que el sentido de responsabilidad monte la guardia celosamente. Y lo menos que puede exigirse a quien sienta sobre ellas —¡oh, cuán ligeramente!—afirmaciones categóricas, es que se explique sin eufemismos ni términos medios. Y si se niega a ello, a cualquiera le es lícito imponerle silencio.

RESONANCIA DE LAS DIATRIBAS

La animosidad de que algunas veces son objeto aquellos que juzgados nada más que por los años dejaron de ser jóvenes, aun cuando acusen una mente tan lúcida como antes y defiendan con pasión de fuego los basamentos de la forma de convivencia que pro-

pugna el anarquismo, con destierro absoluto de vaguedades y términos medios, tiene en algunos casos tristes resonancias de orden vario.

Pero los «viejos», en general, hoy como ayer, permanecen al margen de las corrientes revisionistas —llámense, o no se llamen así. Porque lo más admirable de nuestros «viejos»—y es preciso insistir en ello con testarudez machacona—, en todas las etapas del movimiento anarquista y revolucionario, ha sido su juventud, cantada por tirios y troyanos, ya que, salvando excepciones, ofrecieron siempre alto ejemplo de valor cívico, de visión clara, de firmeza en el propósito de contribuir a la transformación que muchos de ellos soñaron desde sus mocedades, cuando exponían aún entre balbuceos, de palabra o por escrito, las bondades innegables y los fundamentos incontrovertibles de nuestros principios.

Nosotros, silenciaríamos de buena gana determinados extremos, pero la dolorosa realidad de unas diatribas sin nombre obliga a recogerlos. ¿Podremos alimentar la esperanza de que el hecho de señalarlos tenga la virtud de ponerles término?

BOTONES DE MUESTRA

Se registró no hace mucho el caso de un miembro de las Juventudes Libertarias que desde las columnas de una de nuestras publicaciones trataba con saña brutal—acaso fuera más exacto decir que con ferocidad salvaje—a los viejos de nuestro Movimiento. Y ello sin apuntar—en absoluto—ni una razón que fuera válida, sin aducir ni un argumento digno de tomarse en cuenta.

Concurría en el joven a que nos referimos una particularidad digna de mención: **cursaba entonces estudios universitarios**.

A poca distancia en el tiempo, hubo quien afirmó: **«Al llegar a los sesenta años se retorna a la infancia, indefectiblemente.»**

Ello descubre igual ausencia de sentido de responsabilidad que presentar a Luis Blanc como maestro del anarquismo, o como entretenerse en el juego deplorables del joven universitario aludido. Pero cada uno cuenta de la feria según le va en ella.

La circunstancia de haber entre los jóvenes libertarios quien escriba, como en el caso que cita Gastón Leval: **«Se hizo la Revolución en España, ¿y qué?»**, es de una tristeza infinita y completa el lamentable cuadro. Y pone al descubierto muchas cosas que mejor quisiéramos ignorar.

Esas formas de singularizarse a **bon prix**, no deberían encontrar pabellón en nuestras publicaciones, o—en todo caso—seguidas de unas apostillas rotundas.

A PESAR DE TODO...

Es forzoso buscar la base de cuanto saben los jóvenes en aquello que les enseñaron, en una u otra forma, los viejos. En todos los órdenes. Ocurrirá que luego—por ser lo constante de la Historia—, tras el estudio y la observación lo pulan, lo amplien, lo perfeccionen. Es naturalísimo. Ahí se oculta la eslabonadura sin fin de la cultura general.

Hasta es posible que, como excepción, alguno eclipse desde los primeros momentos a todos los maestros. Pero a las conclusiones se llega deduciendo de la regla. Y la regla consiste en que los jóvenes se capaciten y se orienten merced a los viejos. A nadie se le ocurre que pueda servir a los fines de nuestra capacitación recibir lecciones de un niño de teta.

Es signo incuestionable de buena orientación—en uno de sus múltiples aspectos—sostener frente a todos, por tratarse de una verdad sin posible vuelta de hoja, que los anarquistas somos los únicos representantes del socialismo auténtico, sin trampa ni cartón. De aquel socialismo que quiere socializar toda la riqueza natural y la creada por el esfuerzo humano en el curso de los siglos, estableciendo de ese modo la igualdad de condiciones económicas entre los hombres.

Lo hacían ya los anarquistas en los albores de la **Asociación Internacional de los Trabajadores**. Y siguen haciéndolo hoy, por ser tan saludable como entonces.

SUMA Y SIGUE...

Es también signo de buena orientación ir un poco más allá, afirmando de manera categórica y en todos los terrenos—para demostrarlo luego—que donde existe el socialismo no puede existir la autoridad, y que, recíprocamente, donde existe la autoridad—guste o no a los socialistas de Estado o autoritarios—, el socialismo constituye un imposible matemático.

Porque cualquier diferenciación de tipo político entre los hombres, a virtud de la cual unos tengan el derecho de mandar y otros la obligación de obedecer, tiene una consecuencia indefectible: la de dar al traste con aquellas igualdades de orden económico sin las cuales nadie es capaz de concebir el socialismo.

Tales son los **anacronismos** que los **viejos** vapuleados por los **jóvenes** se obstinan en mantener contra viento y marea, pase lo que pase. Y cuanto se encamine a esfumarlos, a reducirlos, a... **motejarlos**, sea en forma franca, sea en forma larvada, es combatido apasionadamente por ellos. Esos **anacronismos** son el mismo basamento de unos principios a que juraron fidelidad inalterable hace ya tiempo.

Son verdades que en el decurso del tiempo le han dado al anarquismo irradiaciones extraordinarias. Le dieron acceso a las más altas tribunas. Y pudo en esa forma conquistar beligerancia en todas partes.

NO MERECE ESA BELIGERANCIA LOS DISLATES

Es preciso ajusticiar las salidas de tono, cuyo estridor cripa los nervios, con realidades vivas y palpitantes. Con evidencias que hieren los sentidos a todo bicho viviente. Se ha dicho que **el hombre retorna a la infancia al llegar a los sesenta, indefectiblemente**, lo que constituye una falsedad cúbica que no debiera tolerarse. Y es preciso que un breve recordatorio ponga las cosas en orden.

Está en la memoria de cada uno de nosotros la ejemplar intelectual de los anarquistas señalados al principio. Y no se trata de una excepción. Es el episodio común a todos los ramos del saber humano.

No debe olvidarse que Goethe terminó **Fausto** a los 85 años. A los 83 escribía Benjamín Franklin un libro magistral: su propia biografía. Tampoco la edad detuvo a Ticiano, que pintó algunas de sus obras maestras siendo ya octogenario. Galileo descubrió los ciclos lunares a los 73. Verdi compuso **Otello** a los 74, y había cumplido ya los 85 al terminar el **Te deum** que figura entre los más notables que se han compuesto. En análogo sentido se puede hablar de Laplace y de Newton, muertos, respectivamente, a los 78 y 75 años, perfectamente lozano el intelecto.

Se pueden llenar páginas enteras registrando casos como los de Goya, Spencer, Gounod, Dumas (hijo), Edison, Han Ryner, etc. Y si en vez de ceñirnos a los que rebasaron los sesenta años y han muerto, incluyéremos a los de 33 en adelante que viven aún, no bastaría el papel que se fabrica en un año.

EL MEJOR DERROTERO

¿Sabremos tener en cuenta que si para la creación no existe límite fijo de edad, menos ha de existir para el estudio, ya que es siempre anterior a ella?

Al comprenderlo cambiaríamos de rumbos. En vez de atronar los espacios batiendo el parche de la insuficiencia de los viejos sin basarse en pruebas concluyentes que no existen, los jóvenes emplearían mejor su tiempo—si les domina el afán de cubrir con eficacia las bajas que el tiempo va causando en nuestras filas—ofreciendo ejemplos de gallardía en la defensa de los principios contra las mistificaciones con que la fatiga y el escepticismo—que lo mismo se producen a los treinta años que a los noventa—tratan en algunos casos de macularlos.

Desdichadamente, diríase que hay empeño en no apuntar nada que desagrade a un adversario que seguirá siéndolo, a despecho de todas las aproximaciones circunstanciales, mientras no rompa abiertamente con su espíritu autoritario, o sea mientras no reconozca que el primer gesto de la revolución social, ya entrada en su fase activa y decisiva, consiste en destruir desde la base hasta la cúspide los poderes del Estado.

Afirmémonos todos en la seguridad de que en la propaganda del ideal de transformación que es base de nuestras persistencias, no existen senderos especiales ni para los **jóvenes** ni para los **viejos**.

Eusebio C. CARBO



HOMONIMOS HONROSOS



En el número próximo pasado de nuestro CENIT, resuena en todo él, como un eco de montaña sujeta a movimientos subterráneos de acomodación geológica el nombre «Alberto» seguido, en cada caso, de los apellidos que son los que expresan el grado de la verdadera densidad personal, y están en este orden: Alberto Ghirardo, Alberto Einstein, nuevamente Ghirardo, y en segunda expresión Luis Alberto Sánchez.

Dice el Diccionario que «Alberto» es sinónimo de brillante nobleza, y allí se enumeran los Albertos más famosos de la Historia, entre los que se cuentan Alberto I de Bélgica, el que en 1914 (con sus soldados) resistió la invasión alemana; Alberto Lista, poliglota, poeta, crítico, matemático, modelo de sabiduría y maestro eminente; Alberto Schweitzer; Alberto Durero, el célebre pintor y grabador, uno de los más famosos dibujantes que registra la Historia, tanto en labores sobre madera como al aguafuerte, cuya preciosa vida, más pronto corta que larga, abarca de 1461 a 1528; o sea un total de 57 años.

No hay necesidad de citar otros Albertos; tenemos los suficientes con Durero, Einstein y Ghirardo, para sentirnos sostenidos por un tríptico de colosos, que se completan y acrecientan sus poderosos genios por ser distintas las bases de sustentación y las fuentes de ideas propias y características de cada uno de ellos; a saber: tres glorias puras de la Humanidad. Dos de Arte (Durero y Ghirardo) y una de Arte también, la Matemática (con Einstein).

Tres Albertos, grandes por lo sabios, ingeniosos, elevados sobre la vulgaridad, y por esto, ironistas también, pues la Ironía es la finalidad más pura y más útil de la Sabiduría. Ironía, además, es el arte de la penetración, el telescopio de las almas, la Verdad observada desde todos los puntos de vista simultáneamente, como son el aire, el agua de los mares, y la luz del Sol.

Qué lástima que nuestro Cervantes no se llamase Alberto también, y Larra, Calderón, Feijoo, Zorrilla, Samaniego e Iriarte, Ganivet, Fortuny, Sarapán, Quevedo, Velázquez, Lope de Vega, Goya y mil más. Pero esto, sería ciertamente demasiado pedir; por esto nos hemos circunscrito a los tres puntos, al tríptico, que es el apoyo más perfecto, porque siempre constituyen un plano. Sostén que nunca oscila; por esto el apoyo más firme del hombre son las dos piernas y el cayado, tres puntos que forman siempre un plano por accidentado que esté el terreno, lo cual significa el conocimiento de una Verdad, indiscutible por su calidad de comprobable.

A los tres Albertos indicados, muchos los conocemos por la filosofía que se desprende de sus obras, pero pocos los conocemos personalmente. En este caso podemos hacer una excepción: quien esto escribe asistió a una conferencia de Einstein que pronunció en la Academia de Ciencias de Barcelona, instalada en las Ramblas, desde cuyos balcones se admiraban los monumentos floridos tan bellos y característicos por no encontrar superación en ningún otro país.

Era magnífico y merecido el fondo para apreciar como cuadro la conferencia de Einstein. El lenguaje de las fórmulas matemáticas atravesando el perfume de las rosas.

Lleno de personas el local de la Cátedra, la escalera, el vestíbulo, la calle. Hablando bajo y poco...

Einstein llegó, a pie, acompañado de dos personalidades científicas. Daban las diez en el reloj de la fachada (hora oficial de Barcelona) y el sabio no se detuvo, pasó rápido al oír su hora como el catedrático que oye la suya.

En realidad no fué una conferencia, sino una lección en la que se exhibe un conocimiento profundo del lenguaje de las Matemáticas. No hablaba, sino formulaba con preguntas escuetas y contestaba con fórmulas más escuetas todavía. Hace muchos años, y Einstein lucía una gran melena negra, la que después ha sido gris y finalmente blanca.

El tema fué: «Mi teoría de la relatividad», que es, como sabéis, la función del relativismo, o teoría filosófica fundada sobre la relatividad del conocimiento.

Llegados a este punto, quizá digan los amables lectores qué es lo que perseguimos con nuestra labor que parece de entretenimiento, a lo que contestamos convencidos de su eficacia, que tratamos de sugerir ideas y enaltecer puntos de vista, al parecer de menor importancia, en favor de la Cultura, de la Libertad y de la Paz, y el consiguiente sosiego y ritmo de Progreso en esta Humanidad tan descuidada en lo que es fundamental para su vida como es la meditación. Cuando una persona medita es que duda; la duda es la madre del estudio; así, para saber hay que dudar y disponerse a la comprobación, no solamente de las teorías sino de lo que en la vida es práctica y acción.

Es recomendable que cada uno honore su nombre y acumule méritos sobre él para corresponder a la brillantez y al prestigio de los nombres de los demás.

La Humanidad será feliz cuando la lucha del desprestigio cese y triunfe el hecho venturoso del mutuo apoyo y de la máxima cordialidad.

El ser humano es lo que quiere ser, pero nos es necesaria la bondad y el mutuo apoyo, como el aire, como el agua, como la luz. Construir y no destruir, amar y no odiar, ayudar y no combatir. Esa es la moral.

Quizás notéis vacilación e incongruencia en este escrito, y no me extrañaría que así fuera porque siempre emociona el relato de hechos extraordinarios.

Desde mi saludo a Alberto Einstein y a través de medio siglo exacto, he revivido mil veces aquel acontecimiento. Aquel trabajo de sabio y de apóstol de la Cultura, abrió en mi alma un foco de devoción a la Ciencia. Cada cifra y cada inicial que dibujaba en la pizarra, era una estrella que se añadía a la constelación eterna del saber. Así, el acto a que me refiero, más que objetivo era subjetivo. De muchos ojos saltaron lágrimas; yo las contuve apretando los puños, con tanta fuerza, que mis uñas empezaban a realizar su trabajo de cuchillas de acero.

Alberto CARSI

SOBRE INICIACION IDEOLOGICA

— III —



LOS primeros acontecimientos sociales reflejados en mi tierna retina fueron la huelga general revolucionaria de 1917 y el movimiento popular por el abaratamiento de las subsistencias. De ellos guardo una impresión borrosa captada desde el ángulo reducido de una calle de barrio barcelonés. Recuerdo la silueta marcial de los soldados amenazando con sus armas o disparándolas desde la bocacalle; los sustos y carreras del vecindario, los comentarios y rumores, todo sin sentido posible en mi mente. La guerra europea y la de Marruecos las viví más bien a través de los cromos de chocolate de los que era ávido coleccionista.

El movimiento contra la carestía de los comestibles dejó más honda impresión en mi cerebro. Fué organizado por la C.N.T. pero los manifestantes eran mujeres. Evoco bandadas de ellas, tejedoras en su mayoría, asaltando tiendas y colmados; escenas de saqueo, mítines «relámpago», agresiones y vapuleos. En mi calle de barrio estas incursiones venían precedidas de rumores alarmantes: «¡Qué vienen las del Clot! ¡Ya están ahí las de la Bordeta! ¡Están al llegar las de Pueblo Nuevo!» Las llamadas «chinchines de fábrica» irrumpían como furias arrollando a su paso a neutrales y curiosos.

La guerra que se libraba en el centro de Europa había elevado al paroxismo la codicia de los fabricantes, proveedores y almacenistas. Alimentos, calzado y ropas tomaban el camino de la exportación. Los frentes aliados absorbían toda la producción de España. La burguesía, con el beneplácito del gobierno, convertía en exportables los productos más elementales para las necesidades de la población. Escaseaban los víveres y toda clase de artículos de primera necesidad. Los precios montaban en flecha y los especuladores de almacén y mostrador hacían su agosto, como los fabricantes de municiones.

El pueblo padecía hambre, y la burguesía «hacia su guerra» vendiendo a los Estados mayores belicistas zapatos de cartón y tejidos de tela de araña. Los mayoristas y acaparadores dejaban al pueblo sin pan, sin abrigo y sin lumbre. Las protestas eran ahogadas en sangre. Los sindicatos estaban clausurados y los sindicalistas en la cárcel. Aquel movimiento femenino respondía a lo siguiente: ¿No sacaba el gobierno sus tropas a la calle a sabiendas de la aprensión de los obreros a enfrentarse con «los hijos del pueblo»? Pues los sindicalistas sacaban a la calle a sus mujeres.

De aquel movimiento femenino surgieron verdade-

ras heroínas. Algunas brillaron más tarde en el campo sindical y anarquista; otras se eclipsaron pronto, como estrellas fugaces.

En 1918 celebróse en mi barriada un Congreso de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, en el que tomaron cuerpo los Sindicatos Unicos. Las sesiones tuvieron lugar en el Ateneo Racionalista de la calle del Vallespir. Recuerdo perfectamente aquel local, compuesto de una amplia sala rectangular con pequeño escenario al fondo. El Ateneo, patrocinado por los Sindicatos, patrocinaba a su vez una escuela: la Escuela Racionalista «Luz», sita en la calle de Alcolea, a tiro de honda desde mi domicilio. En el Ateneo se celebraban representaciones teatrales. A éstas acudí alguna vez con mis padres. Los concurrentes acudíamos con la silla acuestas. Había escasez de localidades y la buena voluntad del público obrero suplía esta deficiencia. Finalizado el espectáculo, se depositaba el consabido óbolo a la salida.

Resultado de estas frecuentaciones fué el incidente de mi ingreso en la Escuela Racionalista. Mi hostilidad por la oficial persistía, y alguien debió aconsejar a mi madre, a título de supremo recurso, mi ingreso en la de la calle de Alcolea. La prueba se reveló milagro. De entre los profesores retengo a Casanovas y muy particularmente a Juan Roigé. Allí se nos trataba con familiaridad. Profesores y alumnos nos tuteábamos, y los castigos, como los premios, estaban suprimidos. La efigie de Ferrer Guardia presidía desde el muro frontal, y el material pedagógico era el remanente de la Escuela Moderna ferreriana. Por primera vez sentí devoción por la escuela y hubiese atrapado el tiempo escolar perdido miserablemente en los aborrecidos antros oficiales de no oponerse la fatalidad.

Aquéllos eran tiempos de fermentación social. El sindicalismo, en su cénit, empezaba a sufrir la furiosa embestida gubernamental. El «dock out» patronal y las criminales hazañas de los pistoleros asalariados aventaban los lauros del conflicto de la Canadiense y del Congreso confederal de la Comedia. La escuela fué clausurada un día, apresados los profesores y desbandados los alumnos. Mi vida escolar, entonces prometedora, quedaría malograda para siempre. No quise volver a la escuela oficial y resolví trabajar. En poco tiempo me inicié en varias profesiones: metalúrgico, fotógrafo, vidriero... El horno del vidrio fué una recaída en el infierno. No bastaba el calor sofocante. Los oficiales, en la época, gozaban de carta blanca sobre los aprendices: patadas, puñetazos, quemaduras intencionadas con la masa incandes-

cente del vidrio en fusión, por el desliz más insignificante y no pocas veces por morboso capricho. Para remedio de penas, entre la grey de los aprendices era más que obligado aceptar peleas a la salida del trabajo, peleas a las que, para su recreo, instigaban los mayores.

Para mejor ilustrar este triste paisaje diré que durante un turno de noche fui derribado por un oficial, por falta leve, de un terrible puñetazo en el rostro. Permanecí en el suelo sin sentido varios minutos, y al levantarme dolorido y ensangrentado arrojé a la faz del salvaje oficial este desafío: «Me ha maltrato por ser usted hombre y yo niño; pero el niño se hará hombre, y por mucho que usted se esconda ha de encontrarle.» El reto me valió unos cachetes suplementarios, pero mantuve mi promesa. Aceché durante tres largos años a mi presunta víctima. Pero cumplidos los 16 años, dispuesto ya a liquidar aquella vieja cuenta, se me informó que mi «enemigo» acababa de fallecer de muerte repentina.

No pasé, pues, de aprendiz de vidriero. Pero me cabe consignar que mi retirada fué con gloria. Un buen día resolvimos los aprendices sublevarnos contra los malos tratos. Pactamos previamente un armisticio entre nosotros y nos declaramos en huelga. Esta fué iniciada en nuestro taller, y armados de palos y hondas obligamos a sumársenos a los aprendices de otras fábricas. Sería mi primera acción de armas en una huelga «revolucionaria». Contaba entonces unos trece años. Pero los padres de los tiernos revoltosos resolvieron el conflicto a coscorrónes. Por mi parte, más afortunado con los míos, me fué permitido el honor de quedar solo, erguido en la barricada. No pasé por la humillación de la mofa, el castigo o la represalia. Decidí no volver a la fábrica y abandonar el oficio. Tres años más tarde era oficial ladrillero, que aunque brutal el nuevo oficio tenía por ventaja el trabajo al aire libre.

Mi ingreso en la C.N.T. se sitúa en esta época. Fué con motivo de una huelga sostenida por los ladrilleros durante siete meses. Entre otros muchos juvenzuelos fui convocado un buen día a los Sindicatos de Sans, a la sazón domiciliados en la famosa calle de San Cristo. Se estaba en plena vorágine del pistolismo. Se subía al primer piso por una escalerilla lúgubre uno de cuyos huecos estaba taponado con una reja. «Es el calabozo para los recalcitrantes», me dijo alguien con sorna al oído. Entré temblando en la secretaría. No era para menos. No le perdonaré nunca al compañero Conesa el pánico que me produjeron sus amonestaciones: «¡Hay que traerlos a tiros al Sindicato!», espetóme con aire iracundo. La verdad es que acudíamos a allí arrastrados. El proselitismo no se efectuaba entonces con reverencias persuasivas. Y entre el vulgo, el Sindicato Único tenía su leyenda negra. El sindicalismo se sentía fuerte y más que capitar se imponía por la fuerza.

Inscritos en el registro confederal como huelguis-

tas se requirió nuestra presencia en el local todas las mañanas. Había que pasar lista. Las ausencias serían interpretadas como defecciones. El esquirolaje era reprimido a tiros. No pudo imputárseme una sola falta de ordenanza. Asistía al local diariamente. En la puerta, casi parapetados en el dintel, enfundadas las manos misteriosamente en los bolsillos y escrutando severamente las vecinas esquinas, cumplían su servicio los que podríamos llamar centinelas. Protegían el Sindicato contra posibles incursiones de los pistoleros. Poco tiempo atrás, en la misma puerta sindical habían sido acibillados a balazos por los pistoleros los hermanos Barrancos.

En cuanto al Sindicato propiamente dicho, resumíase en un saloncito a cuyos laterales se abrían las puertas de las secretarías. El mobiliario se componía de unas mesas de mármol con las consiguientes sillas de enea. Había mostrador para café y bebidas no alcohólicas, y como único mueble una biblioteca. En los estantes de ésta confundíanse en revoltijo Proudhon con Carlos Marx y Lenin con Bakunin. En los muros resaltaban pinturas alusivas a la revolución rusa. Una de ellas representaba un grupo de hombres que, con los torsos desnudos, figuraban acarrear un enorme bloque de piedra. La leyenda decía poco más o menos: «El pueblo ruso ha suprimido para siempre la esclavitud del zarismo.»

En una de estas idas y venidas al Sindicato fui testigo de un rápido tiroteo del que resultó muerto un hombre. Por la prensa pude enterarme de que se trataba de un famoso pistolero del «Libre» apodado «El Jorobado». Por aquella época fué también atentado Pedro Massoni, prestigioso militante y líder de nuestra sección ladrillera. Conoci por primera vez a Massoni en una concentración huelguística celebrada en la calle del Olmo. Massoni, venerado en nuestra sección, murió muchos años después minada su salud a consecuencia de aquellas heridas.

Sucesos de esta clase eran la comida diaria de los periódicos. Los voceadores atronaban los ámbitos con lúgubre griterío alusivo al atentado del día. «¡El diario trae pim-pam-pum!», chillaba con ironía sarcástica el voceador de mi barrio. Desde mi ventana contemplé sobrecogido un día el entierro de «Paronas», abatido por los pistoleros junto con Salvador Seguí. Presencí también desde la misma atalaya las conducciones por carretera de sindicalistas, atados codo con codo y escoltados por caballería civilera.

Mi última visión de esta época es la de la huelga del Transporte. Sobre el patético y vasto escenario de Barcelona desplomóse un día el telón negro de la dictadura militar. Montones de basura ocupaban calles y plazas. En la cúspide de tales monumentos, el humor popular colocaba rótulos cáusticos por este estilo: «Barcelona, ciudad jardín», «Respetad la vida de las flores».

J. P. VALLS

En el arranque de las revoluciones morales, no es un hombre de ciencia el que encontrará quien apele al testimonio de la historia, sino un hombre, o una cooperación de hombres, de simpatía y voluntad. — José Enrique RODO.



ORWELL



y el Anarquismo

— III —



ANTERIORMENTE hemos copiado bastante de «Homage to Catalonia», a fin de ilustrar el sello impuesto sobre Orwell por la Revolución española y el anarquismo español. España le causó una profunda impresión en varios sentidos; la experiencia de Barcelona revolucionaria («Había mucho en ella que no comprendía y en muchos sentidos no me gustaba, pero lo consideré inmediatamente como algo por lo que valía la pena luchar.»); sus compañeros voluntarios, especialmente los milicianos italianos que encontró el día antes de alistarse y George Kopp, su comandante belga; los trabajadores españoles («La generosidad española, en el sentido llano de la palabra, es a veces casi desconcertante... Fuera de ésto existe la generosidad en un sentido más profundo, una liberalidad real de espíritu...»); la naturaleza contrarrevolucionaria del comunismo; la actitud guerrera de la inteligencia del ala izquierda fuera de España; la falsificación de la historia («Me acuerdo haberle dicho una vez a Arthur Koestler: «La historia se paró en 1936» a lo que dió su inmediato asentimiento»). Finalmente sus sentimientos no eran de desilusión:

«Esta guerra en la que jugué parte tan ineficaz, ha dejado recuerdos en mí que en su mayor parte son perniciosos y, sin embargo, no deseo el no haberla presenciado. Cuando uno ha dado una ojeada a un desastre como éste (y termine como termine la guerra española, resultará haber sido un formidable desastre, completamente a parte de la matanza y sufrimiento físico) el resultado no es precisamente desilusión y cinismo. Es bastante curioso, toda esta experiencia me ha dejado, no con menos, sino con más fe en la decencia del ser humano.» (1).

Esto le conduce a examinar el significado del socialismo una vez más en la esencia de «The Road to Wigan Pier». ¿Qué es lo que en realidad le había incitado y afectado tanto en España?

«Estuve en una comunidad donde la esperanza era más normal que la apatía o el cinismo, donde la palabra «camarada» significaba camaradería y no, como en la mayoría de los países, camelo. Respiré el aire de la igualdad. Sé muy bien que ahora es costumbre el negar que el socialismo tiene algo que ver con la igualdad. En todos los países del mundo existe una visión del socialismo completamente diferente a ésta. Lo que atrae al hombre ordinario hacia el socialismo y le hace estar dispuesto a arriesgar la piel por él, el socialismo «místico», es la idea de igualdad; para la mayoría de la gente el socialismo sig-

nifica una sociedad sin clases, o no significa nada absolutamente. Y fué en esto donde esos cuantos meses en las milicias fueron de gran valor para mí. Porque las milicias españolas mientras duraron, fueron una clase de microcosmo de sociedad sin clases. En esa comunidad donde nadie se ocupaba de sacar provecho para sí propio, donde existía restricción en todo, pero no privilegio ni adulación, uno podía obtener tal vez una cruda visión de lo que serían las primeras etapas del socialismo. Y después de todo, en vez de desilusionarme, me atrajo profundamente. El efecto fué hacer más real mi ansia de ver el socialismo establecido de lo que había sido antes. En parte, tal vez, esto fué debido a la buena suerte de encontrarme entre españoles, quiénes con su innata decencia y su permanente matiz anarquista, harían tolerables inclusive las primeras etapas del socialismo, si tuvieran ocasión.»

«Bien, ellos lucharon hasta el final perfectamente», hace remarcar, mirando hacia atrás seis años después. «Durante los últimos dieciocho meses de la guerra, el ejército republicano ha debido luchar casi sin un cigarrillo y con muy poco que comer.» Y vuelve otra vez:

«Cuando uno piensa en la crueldad, escualidez y futilidad de la guerra (y en este caso particular en las intrigas, las persecuciones, las mentiras y las incomprensiones) existe siempre la tentación de decir: «Tan malo es un bando como el otro. Yo soy neutral.» En la práctica, sin embargo, no puede existir una guerra en la que no importe quien va a ganar. Casi siempre uno de los bandos representa más o menos el progreso, el otro más o menos la reacción. El odio que la República española suscitó en millonarios, duques, cardenales, niños bonitos, y qué sé yo, habría sido suficiente para mostrarles a uno la posición del terreno. En definitiva, era una guerra de clases. Si esta hubiese sido ganada, la causa del trabajador se habría visto reforzada en todas partes. Fué perdida y los privilegiados de todo el mundo se frotaron las manos. Este fué el fin real; todo lo demás frivolidad... La muy cacareada desunión de parte del gobierno no fué la causa principal de la derrota. Las milicias gubernamentales fueron formadas a toda prisa, mal armadas e inimaginables en su aspecto militar; pero éstas habrían sido lo mismo aunque desde el principio hubiese existido completo acuerdo político. La tesis troskista de que la guerra habría podido ser ganada si la revolución no hubiese sido saboteada, era probablemente falsa. Nacionalizar fábricas, derribar iglesias y publicar manifiestos revolucionarios no habría hecho el ejército más eficiente. Los fascistas ganaron porque fue-

ron los más fuertes; ellos tenían armas modernas y los otros no tenían. Ninguna clase de estrategia política podía igualar eso.» (3).

¿Y la consecuencia final? Orwell describió la palabrera de una «guerra por la democracia» como un puro engaño. «En cualquier momento serio de emergencia las contradicciones implícitas en el Frente Popular están llamadas a hacerse sentir», escribió en 1937. «Pues aunque el trabajador y el burgués luchaban contra el fascismo a un mismo tiempo, ellos no luchaban por la misma cosa; el burgués lucha por la democracia burguesa, es decir, el capitalismo; el trabajador, según él interpretaba la cuestión, luchaba por el socialismo.» (4).

«Nadie que estuviese en sus cabales sentidos suponía de que pudiese existir la esperanza de una democracia, incluso como nosotros la comprendemos en Inglaterra o en Francia, en un país tan dividido y exhausto como estaría España al terminar la guerra. Tendría que haber una dictadura, y estaba claro que la suerte de una dictadura del proletariado había pasado. Esto quería decir que el movimiento general sería en dirección de una clase de fascismo. Fascismo cristianado, sin duda, con otro nombre más suave, y (por ser esta España) más humano y más eficiente que las variedades alemanas e italianas. Las únicas alternativas eran una dictadura infinitamente peor por Franco, o (siempre una posibilidad) que la guerra terminara con la España dividida bien por las fronteras actuales o en zonas económicas... En cualquier sentido que lo tomemos, era una perspectiva deprimente. Pero esto no quiere decir que no valiera la pena luchar por el gobierno contra el descarado fascismo de Franco e Hitler. Cualesquiera que fueran los defectos del gobierno de la post-guerra, el régimen de Franco seguramente sería peor. Para los trabajadores—el proletariado de la ciudad—al fin les importaría bastante poco de quien ganara; pero España es ante todo un país agrícola y los campesinos casi seguro se beneficiarían con la victoria del gobierno.» (5).

Estas cifras revelan muy a las claras la diferencia entre la actitud de Orwell (la aceptación de un mal menor) y el punto de vista adoptado por los escritores anarquistas de este país. Herbert Read, por ejemplo, saca de una apreciación similar de la situación, la conclusión opuesta:

«...la derrota del gobierno español, deplorable pensando que deja el poder del Estado en manos mucho más duras aún, debe ser considerada con cierta indiferencia; pues en el proceso de defender su existencia el gobierno español había creado, en forma de ejército permanente y policía secreta, todos los instrumentos de opresión y existían muy pocos indicios de que estos instrumentos fueran administrados por el pueblo, si la guerra hubiese terminado con una victoria del gobierno.» (6).

Orwell admite «realistamente» que, «El hecho es que toda guerra supone una especie de degradación progresiva a cada mes que pasa, porque la libertad individual y una prensa que diga la verdad son simplemente incompatibles con la eficiencia militar» (7). La cuestión es hasta dónde ha de llegar esta degradación progresiva para que uno le retire su apoyo? Los representantes de la C.N.T.-F.A.I. adoptaron la actitud, como Vernon Richards dice en su «Lessons of the Spanish Revolution», de que todo era preferible a Franco, de que todo compromiso había de hacerse en nombre de la unidad y por la victoria contra Franco, justificando esta posición en el terreno de que la derrota significaba también la derrota de

todas las conquistas revolucionarias hechas por los trabajadores» (8). Orwell presenció las ilusiones de esta actitud, puede decirse que las «experimentó», considerando la forma de su partida y la suerte que corrieron sus amigos:

«Las cárceles eran lugares que sólo pueden ser descritas como calabozos. En Inglaterra tendrías que recordar el siglo XVIII para encontrar algo comparable. La gente estaba amontonada en pequeñas habitaciones donde no existía espacio más que para estar tirado en el suelo, y a veces se la guardaba en bodegas y otros lugares. Esto no se hacía como una medida temporal; había casos de gentes que se les tenía encerrados cuatro o cinco meses casi sin que le diera el sol... La muerte de Smillie no es una cosa que yo pueda fácilmente perdonar. Este bravo e inteligente muchacho, cumplió con su deber en el frente con coraje y voluntad, y todo lo que pudieron hacer de él fué arrojarlo a una prisión y dejarlo morir como a un animal olvidado.

Cuando escribo, seis meses después de los acontecimientos, Kopp (si no ha sido fusilado) está todavía en la cárcel, sin juzgar y sin acusar. Al principio recibimos dos o tres cartas de él camufladas y sacadas por presos liberados y echadas al correo en Francia. Todos ellos contaban lo mismo, encarcelamiento en sucias y oscuras cavernas, mala e insuficiente alimentación, serias enfermedades debidas a las condiciones del encarcelamiento y negativa de atención médica... Posteriormente, él desapareció en una de las prisiones «secretas» con lo cual parece imposible poder entrar en comunicación. Su caso es el caso de veintenas o centenares de extranjeros y nadie sabe de cuantos españoles.» (9).

A pesar de esto, Orwell declara que uno no puede decir: «Un bando es tan malo como el otro. Yo soy neutral.» La actitud «anarquista» no es de neutralidad, sino de hostilidad a ambos bandos:

«Creemos que los anarquistas sólo pueden participar en aquellas luchas que son expresión de la voluntad del pueblo hacia la libertad y la justicia. Pero cuando esas luchas tienen que ser organizadas y llevadas a cabo con la misma aspereza que la del enemigo, con ejércitos de conscritos educados en la obediencia ciega a los líderes; con la militarización de la retaguardia y la censura de la prensa y de la opinión; cuando las prisiones secretas son consentidas y el expresar la crítica es considerado como alta traición (como en el juicio de los líderes del P.O.U.M.); antes de llegar a alcanzar ese escalón, los anarquistas, que no tienen miedo a la impopularidad ni al «Juicio de la Historia», deberían declarar su imposibilidad de cooperar y dirigir su lucha contra ambos regímenes, en el sentido que ellos crean compatible con sus aspiraciones y principios.» (10).

En 1939, en un tono diferente al usado en «Homage to Catalonia» y al de sus últimas reminiscencias de España, Orwell escribió:

«Una pregunta que no ha sido contestada aún satisfactoriamente es, ¿por qué la guerra duró tanto? Después de los comienzos de 1938, era obvio para todo aquel que poseyera conocimientos militares que el gobierno no podía ganar e incluso ya en el verano de 1937, la ventaja estaba a favor de Franco. ¿Sentía la masa del pueblo español verdaderamente que incluso los atroces sufrimientos de los últimos meses de la guerra eran preferibles a rendirse o continuó la lucha, en parte, al menos, porque toda la opinión del ala izquierda desde Moscú a Nueva York, le empujaban a ello?» (11).

Y él considera que el hombre medio frente a la gue-

rra es simplemente una «víctima». «Cuántos millones de gentes en España y en otras partes—pregunta en tono diferente al de sus otros escritos sobre España—miran hacia atrás sobre la guerra de España y se preguntan así mismas, ¿qué demonios fué todo aquello? Recordando encuentros casuales con campesinos, tenderos, vendedores ambulantes e incluso milicianos, sospecho ahora que gran número de esta gente no tenía interés alguno en la guerra, excepto el de que terminara.» (12). Al mismo tiempo otra guerra mayor había estallado, la guerra que le había obsesionado por muchos años.

«De todos modos, yo he sabido desde 1931, aproximadamente (Spende dice que él lo sabía desde 1929), que el futuro debe ser catastrófico. Yo no podía decir exactamente qué guerras y revoluciones iban a tener lugar, pero éstas nunca me cogieron de improviso cuando se produjeron. Desde 1934, he sabido que la guerra entre Inglaterra y Alemania se acercaba y desde 1936 lo he sabido con completa seguridad. Lo sentía en mi interior, y el palabreo de los pacifistas de un lado y el Frente Popular que pretendía temer que Gran Bretaña se estaba preparando para la guerra contra Rusia por otro, nunca me engañó.» (13).

Este sentimiento corre a través de sus primeras novelas. En 1935, escribió en «Kee the Aspidistra Flying»:

«¿Pero, qué hay detrás de la sonrisa? Desolación, vacío, profecías de ruina. ¿No ves, si sabes ver que esa risa trivial no es más que un terrible vacío, una desesperación secreta? La gran ambición del mundo moderno. Pactos suicidas. Cabezas pegadas a hornos de gases en casas solitarias. Condones y Píldoras. Amen. Y las reverberaciones de guerras futuras. Aeroplanos enemigos volando sobre Londres; la profundidad amenazante del zumbido de las hélices, el trueno ensordecedor de las bombas.» (14).

En «Coming up for Air», escrito en 1938-39, la guerra y sus efectos posteriores («la clase de odio mundial, consigna mundial. Las camisas de color, la alambrada... las manifestaciones y pancartas con enormes caras»), atormenta al héroe de Orwell, George Bowling, como la neuralgia. El va a una conferencia dada en un «Left-Book-Club» («Lo que él está diciendo es que Hitler nos persigue y que debemos unirnos y fomentar un gran odio. No entra en pormenores. Lo deja todo en buena forma. Pero lo que él ve es algo completamente diferente. Es un cuadro de sí mismo machacando caras de gentes con una llave») Y después de esto le habla a un joven del auditorio:

«Mr. Bowling. ¡Mire aquí! ¡Si estallara la guerra yuviésemos la ocasión de machacar al fascismo una vez para siempre, no lucharía Vd.? Quiero decir si Vd. fuera joven.» Supongo que él cree que yo tengo alrededor de los sesenta.

«Le apuesto que yo no lo haría—le dije—, yo tuve bastante con lo de la última vez.»

«¡Pero para aplastar al fascismo!»

«¡Oh, hijo de p...! ¡Fascismo! Ha habido ya bastante destrucción.»

El pequeño trostkista interviene con el patriotismo y traición de los trabajadores, pero el otro le cortó en seco:

«Pero, tú estás pensando de 1914. Esa fué ni más ni menos que una guerra imperialista. Esta vez es diferente. ¡Escucha! Cuando oyes sobre lo que está pasando en Alemania y en los campos de concentración y los nazis machacando a la gente con porras de goma y haciendo a los judíos escupirse a la cara los unos a los otros, ¿no te hace hervir la sangre?»

Ellos siempre te hacen hervir la sangre. Justamente la misma frase durante la guerra, me acuerdo. «Yo terminé de hervir en 1936.» Y le dije. «Y eso te pasará a ti, cuando sepas lo que es una trinchera.» Y entonces de repente me pareció verle. Me encontraba como si hasta ese momento no le hubiese visto aún debidamente.

Una cara joven e impaciente; podría pertenecer a un colegial bien parecido, con ojos azules y pelirrojo, y mirando a los míos por un momento en verdad tuvo lágrimas en los ojos. ¡Tener opinión tan firme como esa sobre los judíos alemanes! Pero en realidad yo sabía lo que él pensaba. El es un muchacho fuerte, probablemente pertenece al equipo deportivo del banco. También tiene inteligencia. Y hélo aquí, un escribiente de banca en un suburbio impío, sentado tras una ventana de cristales ahumados asentando números en los libros, contando montones de billetes. Siente su vida evaporarse. Y mientras tanto, sobre Europa, ocurren grandes cosas. proyectiles explotando en las trincheras y olas de infantería cargando a través de las cortinas de humo. Probablemente algunos de sus amigos están luchando en España. Naturalmente él se inclina por la guerra. ¿Cómo podemos reprocharle?»

Vino la guerra, y, tarde en 1939, Orwell escribió:

«Mientras he estado escribiendo este libro ha estallado otra guerra europea. Durará varios años y hará pedazos la civilización de Occidente o bien terminará de una forma no convincente y preparará el camino para otra guerra que hará el trabajo de una vez para siempre. Pero la guerra no es más que «paz intensificada». Lo que claramente está ocurriendo con guerra o sin guerra, es la descomposición del «laissez-faire», capitalista y de la cultura liberal-cristiana. Hasta hace poco las complicaciones de esta no fueron previstas, porque generalmente se pensaba que el socialismo podía preservar e inclusive ensanchar la atmósfera del liberalismo. Se empieza a comprender ahora cuán errónea era esta idea. Casi seguro vamos marchando hacia una era de dictaduras totalitarias; una era en la que la libertad de pensamiento será al principio un pecado mortal y más tarde una abstracción insensata. El individuo autónomo va a ser exterminado.» (16).

Pero poco después él escribió en tono diferente sobre la guerra cuyos acontecimientos había esperado durante tanto tiempo. Su actitud política durante la guerra la estudiaremos a continuación.

G. W.

Referencias:

- 1), 2), 5), 7) y 9): *Homage to Catalonia* (1938).
- 3) *Looking Back on the Spanish War* (New Road)
- 4) *Spilling the Spanish Beans* (New English Weekly 29-7-1939).
- 6) H. Read: *The Philosophy of Anarchism* (1940).
- 8) y 10): V. Richards: *Lessons of the Spanish Revolution* (1953).
- 11) y 12): *Orwell's Dairy*, 8-6-40 (World Review, June, 1950).
- 14): *Keek the Aspidistra Flying* (1936).
- 15): *Coming up for Air* (1939).
- 16): *Inside the Whale* (1940).

DE STIRNER A MALTHUS



De cuando en cuando, hojeo **El Único y su Propiedad**, de la traducción Lasvignes, y vuelvo a releer algunas páginas de esta obra. Me ocurre también el hojear el número de **Portraits d'Hier** («Retratos de Ayer»), debido a la pluma de Víctor Roudine. Haciendo esto, vuelvo a tomar un baño de rebeldía, de individualismo y a veces de sabiduría. Así es como no ha mucho he leído—no digo

«releído», pues hasta ahora no le había dado, lo confieso, una particular atención—la siguiente frase de Max Stirner:

«Mucho ruido se hace con «la injusticia secular» cometida por los ricos contra los pobres. Como si los ricos fuesen responsables de la miseria; ¡cómo si los pobres fuesen también responsables de la riqueza!» (1).

He aquí una afirmación que fuerza a reflexionar. Debería, si fuese bien comprendida y tomada en consideración por la humanidad, conducir a considerables cambios en el mundo. Pues, comentada y completada como conviene, es profundamente revolucionaria. Pero, me apresuro en confesarlo, no soy... optimista hasta el punto de creer que pueda tener pronto éxito.

No se puede deducir de tal pensamiento—como posiblemente lo harán algunos—que Stirner se proclama contra los pobres y a favor de los ricos. Al contrario. Dice ahí una verdad, ni más ni menos. Constata un hecho. ¿Es agobiarlos el decir la verdad a los pobres? No; es hacerles un don. Es además imposible sospechar al autor de semejante sentimiento, cuando con este otro pensamiento, tomado también del mismo manantial, de individualismo colectivo, algo rudo es verdad y prefigurando la huelga general:

«Los trabajadores tienen entre sus manos la potencia más formidable; si de ella tomaran conciencia y quisieran ponerla en obra, nada podría resistirles: cón cesar solamente de trabajar y considerando la materia trabajada como de su pertenencia y gozándola en consecuencia.» (2).

Sin ser un científico, Stirner, por la opinión que he citado más arriba, emitía un aserto que concierne a la ciencia, a la verdadera ciencia económica. Cosa curiosa, expresa el ideal del malthusianismo. Cualquiera haya bien estudiado y comprendido a Malthus suscribirá a este pensamiento de Stirner. Quien no lo comprenderá o lo encontrará paradójico sólo podrá acusar a su misma mentalidad sentimentalmente demagógica.

La razón por la cual Stirner juzga así—el contexto lo prueba—, es que, por falta de individualismo, por incapacidad en vivir como individualistas, los pobres dejan el campo libre a los ricos para mantenerse y perpetuarse en su riqueza. El hecho es exacto, pero esta razón es insuficiente. Es esto un epítonema y lo que es interesante, es de saber el por qué es así y si no podría, con otras condiciones, ser de otro modo.

Hay, en efecto, algo al hecho invocado por Stirner, algo que ciertamente él no se ha dado cuenta. Pienso que la incompleción de la razón que da sobre la pobreza de unos y la riqueza de otros es debida a un desconocimiento, que comparte además con la casi totalidad de la humanidad, de otra causa.

Aunque no parezca darse cuenta, la ausencia del malthusianismo, en lo que concierne a la guerra social, está contenida en el pensamiento precitado: los pobres son bien, globalmente y en último análisis, responsables de su miseria y, por la misma razón, de la riqueza de los ricos. Si a veces no son ellos mismos los responsables, son sus padres. Pero todos están encadenados a su servidumbre por la proliferación de su clase. Y si un pobre se evade de su clase, excepcionalmente, para acceder a la clase antagónica, es que ha hecho prueba de individualismo, contrariamente o la que hace la masa de que habla Stirner, individualismo prohibido a los pobres por su propia actuación, por su comportamiento genésico.

Stirner parece no haber tenido conocimiento—quiere decir: profundamente desde luego—del malthusianismo. Roudine, que lo ha estudiado de cerca en los textos alemanes, dice que «la ciencia económica de Stirner fué bastante elemental» (3). Evidentemente, no era ni un economista ni un sociólogo, si no un filósofo. Por otra parte, estamos mal informados sobre lo que ocurría en el medio socialista (o comunista) en que actuaba, el grupo berlinés de los «Libres» o «Afranchis» (4), en donde reinaba Carlos Marx. Este último era tan odiosamente hostil a Malthus y a la doctrina malthusiana sobre la población, que debía hacerse el silencio sobre ella y cuando, por casualidad se la trataba, se burlaban de ella mediante el desprecio y la ironía. De otro modo, tal vez Stirner habría visto que la razón inicial del doble hecho mencionado por él en su pensamiento precitado se encuentra en la enorme desproporción relacionada con los individuos de cada una de las dos clases: proletariado (o pobres, o, como a menudo dice: «la plebe») (5), y burguesía (o ricos).

La abundancia de los pobres condiciona la riqueza de los ricos, los cuales aprovechan la concurrencia de los mismos pobres, especialmente en el mercado del trabajo; mientras que la rareza de los pobres (que podría ir hasta la extinción de su clase) despojaría (empleo el condicional, pues situaciones de tal género sólo son en la historia accidentales y, por consiguiente, eminentemente excepcionales e independientes de la voluntad de los individuos, como durante la Guerra de los Cien Años, por ejemplo), despojaría automáticamente a los ricos de lo que la abundancia de los pobres les procura. Sin embargo, el todopoderoso dios pequeño, Priapo, vela, con los que lo subvencionan, a que todo ocurra de modo contrario!

Haber tenido cuenta de esta ley sociológica habría enriquecido la filosofía stirneriana, a la que hubiese conferido un aspecto realista que hubiese atenuado el carácter abstracto que frecuentemente se le reprocha.

El silencio de Stirner (voluntario o no, pues no lo

podemos saber) sobre el malthusianismo, y a continuación la no utilización por él del argumento, de fuente experimental, que esta doctrina le hubiese abastecido, es tanto más penoso cuanto que en su obra, preconizando «la puesta en valor del yo» (6), da este consejo al individuo: «Hazte valer», sin decir el complemento que se imponía: «Vuélvete raro», más bien dirigido a su clase, pues el individuo no es responsable de su existencia, ya que ésta es la resultante de un acto de autoridad de su padre.

«Vuélvete raro», precede necesariamente al «Hazte valer».

Hazte raro, ¡y valdrás mucho más!

*

Continuando hojeando las páginas de Max Stirner, caigo sobre este otro pensamiento suyo:

«Si los hombres llegan a perder el respeto a la propiedad, cada uno tendrá su verdadera propiedad, del mismo modo que todos los esclavos se volverán hombres libres en el preciso momento que no estimarán al señor como a un amo. En este aspecto, las asociaciones multiplicarán los medios del individuo y establecerán sólidamente su pertenencia contra los ataques» (7).

Es bien lo que yo preveía: sin limitación de nacimientos, guerra social.

Si las asociaciones de individuos están obligadas a organizar la resistencia a estos ataques, es que aún habrá individuos privados de propiedad o insuficientemente provistos de todo cuanto podrán desear y que querrán, para satisfacerse, emplear la fuerza —de modo semejante al que habrán empleado aquellos contra los cuales tendrán que luchar.

Descartando toda otra causa posible de fracaso, en lo que concierne a la propiedad, ¿puede creerse que el deseo de apropiación de todos los individuos pobres pueda ser realizado en un mundo sobrepoblado, en donde la lucha se vuelve tanto más áspera cuanto más crece el número de individuos? Y, sea lo que sea como se piense o como se diga, la sobrepoblación es el hecho habitual de las sociedades, en virtud de la máxima malthusiana: la población tiene una tendencia constante al crecimiento más allá de los medios de subsistencia. Y esta tendencia se realiza con ausencia de la limitación sistemática.

¿No se ve, como lo prueba la frase final de esta última cita y aún mejor el contexto de ésta, que semejante mundo sería conducido a una violencia perpetua, bajo otra y escondida forma, en la sociedad actual, estatista, capitalista y autoritaria? Actualmente sólo conocemos la guerra social fría, como hoy se dice, porque la fuerza del Estado está al servicio de los propietarios, pero en la sociedad de Stirner, la asociación de los egoístas, al no haber más Estado, sería entonces la guerra caliente.

Del contexto del que acabo de hacer alusión, he aquí algunos extractos que apoyan mi tesis y que también van mucho más allá que ella:

«Es solamente en el egoísmo (8) en donde la plebe puede encontrar su salvación, salvación que debe deber a ella misma y a ella misma se lo deberá un día. Si no se deja reducir por el temor, llegará a ser una potencia.» «Los hombres perderían todo respeto si no se los domara mediante el temor», se dice en la ley del Gato con Botas (Le Chat Botté).

«Así es que la propiedad no debe ni puede ser abolida, es necesario más bien arrancarla de las manos fantasmales que la detentan y hacer de ella nuestra propiedad; entonces desaparecerá de las conciencias esta idea falsa que consiste en que no pueda yo autorizarme a tomar cuanto necesite.

«Sin embargo, ¿existen límites a las necesidades del hombre! Pues los hay con grandes necesidades y con capacidad de satisfacerlas, cual Napoleón en el continente y los franceses en Argelia (9). No se trata aquí ahora más que de una cosa, de que la respetuosa plebe aprenda a procurarse de cuanto necesita. Si tiende el brazo caritativamente hacia vosotros, defendeos de ella. De nada sirve que le déis compasivamente algo. Que aprenda a conocerse, que el menor plebeyo aprenda a conocerse, que abandone para siempre su corteza plebeya y veréis que hará entonces con vuestras limosnas.

«...Además la cuestión de la propiedad no se resuelve tan fácilmente como los socialistas y como también los comunistas lo sueñan. Sólo halla solución en la guerra de todos contra todos. Los pobres no se vuelven poseedores hasta que se levantan, se rebelan, se sublevan. Dadles dos veces más de lo que piden, más desearán y siempre querrán tener más; pues lo que quieren, es que ya no haya más para darles.

«Se pregunta: ¿qué ocurrirá cuando los no poseedores tomarán una resolución viril? ¿De qué modo se hará el nivelamiento? (10). Preguntadme, ya que es táis, ¿de qué modo y en qué circunstancias ha de nacer un niño? ¿Qué hará el esclavo cuando rompa sus cadenas? Esperad y veréis.» (11).

Limitemos nuestra imaginación a la propiedad del suelo, pues no se ve muy bien aun como las cosas ocurrirían, con el método de Stirner, en cuanto a las otras modalidades y objetos de propiedad. La del suelo es, además, la más importante, ya que ella concierne directamente a la de las subsistencias.

Así es que, además que Stirner no limita, en la sociedad, el número de individuos, les reconoce el derecho de satisfacer, en materia de propiedad, necesidades igualmente ilimitadas: dos razones dadas a los individuos para instaurar la guerra social permanente y no fría como ahora, sino caliente—utilizando una imagen usual. En lugar de establecer la paz por la limitación del número de individuos, es decir, de los nacimientos, y por la de las necesidades, y por consiguiente por las de su propiedad, conformemente a la ciencia y a la razón—pues la objeción que a Stirner le hacen es justa: hay un límite a las necesidades del hombre—los prepara para la guerra.

La perspectiva de una sociedad donde estaréis sin cesar obligados de montar guardia ante el objeto de vuestra posesión, en donde las asociaciones de propietarios se verían obligadas a convertirse en ejércitos privados de defensa para continuar gozando su propiedad, mientras que los ejércitos de ataque se formarían para despojarlos de ella, ¿representa esto un ideal digno de ser cultivado? Yo creo que no.

Se concibe que Stirner no haya concebido de poner en pie, aunque sólo hubiera sido en el papel, a su Asociación de Egoístas; por diversas razones, en cuya base se encuentra siempre la ausencia de la limitación del número de individuos y la ausencia de la limitación normativa de sus necesidades; siendo de este modo absolutamente impracticable. Sólo podría ser practicable el día en donde esas dos condiciones podrían realizarse.

*

La explicación malthusiana del origen de la riqueza y de la pobreza sólo aparece sensible por ahora al espíritu del malthusiano,—pero puede serlo para quien estudie la cuestión de la población. Como Stirner lo ignora o lo quiere ignorar, no da ninguna importancia, desde su edificación de la sociedad futura, a la superpoblación, que acepta, por decir así, implícitamente, como si fuese un fenómeno que no

tuviere ninguna influencia sobre la vida de los individuos; y, naturalmente, esto reduce a la nada su sistema de la propiedad, al aniquilamiento del cual contribuye igualmente la extensión ilimitada de las necesidades individuales.

La propiedad—que no debe confundirse con el capitalismo—en la sociedad sin Estado no puede concebirse si no está acompañada con la limitación de los nacimientos hasta el punto máximo y la limitación de las necesidades hasta el punto racional. De no ser así, significa la violencia perpetua por todos y la miseria para un gran número de personas.

Evidentemente significa esto una limitación de la libertad del individuo; ¿pero no critica Stirner la idea de la libertad en beneficio de la idea de la individualidad? Y esto, es dar prueba de sabiduría. ¿No admite el sacrificio de algunas libertades en favor de la individualidad? Por consiguiente, la limitación de la libertad que se trata aquí es a la vez legítima, necesaria y constitutiva de la individualidad. La sabiduría de Stirner está aquí en contradicción con sus exigencias.

*

Más de cincuenta años han pasado desde que lei por primera vez «El Único y su Propiedad». Era joven entonces. Me acuerdo que me entusiasmé. Pero ahora sé que el entusiasmo es raramente una cosa buena; ciega a menudo al espíritu crítico.

Me parece hoy muy natural que, ayudado por mi experiencia, mi comprensión de esta obra haya evolucionado en algunos puntos, y tanto más cuanto que durante este tiempo he adquirido el conocimiento profundo de esta ciencia—pues no deja de ser una ciencia—: el malthusianismo.

El individualismo stirneriano, cuando se limita a la crítica de las creencias (12), y a provocar la revolución en la vida intelectual y moral del individuo, siempre es merecedor de mi aprobación, pero desde que Stirner aborda la vida social, bajo el aspecto de lo que él llama la Asociación de los Egoístas, ya no

estoy enteramente de acuerdo con él. Y estimo que es mi deber el decirlo.

Debo decirlo también porque en su prefacio a una reedición de «El Único y su Propiedad» (13), E. Armand dice: «**Las reflexiones sobre el individualismo**» («Les réflexions sur l'individualisme»), de Manuel Devaldes, pueden ser consideradas como conteniendo la esencia del stirnerismo.» Si este juicio es exacto, se aplica a la vida personal de los individualistas mejor que a su vida social, no porque no haya yo abordado en el escrito precitado—excepto si quiere, en ese restringido sentido de que su asociación es concebible—contrariamente a la opinión usual que opina que el individualismo es un sistema de aislamiento **a priori** (14).

A pesar de los errores que he señalado en el curso de este breve estudio, además contrabalanceados por la gran verdad que he puesto en evidencia desde el comienzo, Stirner sigue siendo para mí una figura simpática. Error no es crimen.

De estos errores, el primero (no limitación del número de individuos, por consiguiente y en definitiva, de los nacimientos) está tan esparcido que no es su particular atributo. En cuanto al segundo (no limitación de las necesidades), pienso que en algunos momentos de su existencia, Stirner debía ser, por rebeldía, un exaltado—exaltado a frío—y que esto le conducía a perder toda medida en su reivindicación del proletariado. Pues Stirner, como Roudine lo ha demostrado (15), ha escrito, ciertamente, para el individuo en general, pero sobre todo para el individuo del proletariado—siendo él mismo, en suma, un proletario intelectual—, como ha sido demostrado en su insistencia por la reivindicación propietarista en favor de la «plebe».

*

En resumen, el malthusianismo es el complemento y el correctivo indispensable del stirnerismo (16).

Manuel DEVALDES

Traducción de Vladimir Muñoz.

Notas del autor y del traductor:

(1) *L'Unique et sa Propriété*, traducción y prefacio de Henri Lasvignes Paris, (Editions de la Revue Blanche, 1900), p. 337.

(2) *L'Unique et sa Propriété*, p. 143.

(3) *Portraits d'Hier*, 15 octubre de 1910, p. 77.

(4) No me dejó escapar esta ocasión magnífica para ratificar el profundo desconocimiento que se tiene sobre Stirner, al considerarle un a-social, como lo fué radicalmente G. Palante, el autor de la obra: *Las Antinomias del Individuo y de la Sociedad*. Por mi parte, creo que la base del anarquismo reside en el **unicismo** stirneriano, prolongado desde luego hacia el fraternismo humano. «Lo mejor de nosotros mismos debe proyectarse hacia nuestros hermanos», escribía R. G. Pacheco). La base del anarquismo reside en el personalismo tan bien descrito por el rusillonés Renouvier y no en un «gregarismo» obrerolatra que pretende confinar a la personalidad humana en ese incoloro «masismo» de los marxistas o en el «convencionalismo» de los eclesiásticos. Opinar gratuitamente que Stirner fué un «egoísta a-social» es una burda afirmación que no resiste al menor y más serio examen de la cuestión. Al apoyo de este aserto, extraigo estas líneas de Fontaura: «Dice en su conocida obra *«El Único y su Propiedad»* que cuando observamos que otra persona está sufriendo, nuestra sensibilidad también padece; y que gozamos cuando podemos facilitar el goce a un semejante» (CENIT, n.º 54, junio de 1955, p. 1569). Nuestro dilecto amigo Fernand Planché — autor de las recientes biografías sobre Luisa Michel y Pedro Kropotkin — estima en la introducción de su edición (SLIM., París). de la famosa

obra de Stirner que «Marx es indigesto e ilegible comparado con Stirner», lo cual pienso yo también. (N.d.T.).

(5) No es un tono despectivo, como fácilmente pudiera comprenderse, si no en el sentido de pauperismo e indignancia en que se encontraba el proletariado berlinés del siglo décimonono. (N.d.T.).

(6) *L'Unique et sa Propriété*, p. 345.

(7) *L'Unique et sa Propriété*, p. 326.

(8) ¿Es necesario recordar que bajo la pluma de Stirner, como en todo verdadero individualista, el vocablo «egoísmo» tiene un sentido puramente filosófico y no el que le atribuye el moralista?

(9) Hay que deplorar que Stirner haya dado aquí dos ejemplos que no apoyan de ningún modo su tesis. El bandido Napoleón, horrible encarnación del Estado no estaba buscando una propiedad personal cuando hacía sus expediciones personales. En cuanto a la conquista de Argelia, empresa colonial debida al imperialismo de un Estado y no conquista de propiedad personal, no es tampoco, por la misma razón, un ejemplo valedero. Lo que no quiere decir que, entre los Egoístas, no se encontrarían algunos que fueran verdaderos insatisfechos de propiedad.

(10) Por las razones que he expuesto, no existe nivelamiento posible, ya que la superpoblación no es combatida y que las necesidades no son limitadas. Toda tentativa en este sentido desencadenaría la indeseable violencia.

(11) Con declaraciones como éstas de Stirner, no acaba de concebirse cómo ciertos lectores suyos se ven de repente presa del «pánico ideológico» cual, a guisa de ejemplo, es el caso de García Prada en su trabajo: «El

CUENTOS DE LA NOCHE

• La Evasión



MESES hacía que Jaime esperaba aquel momento. Desde que lo trasladaron del Penal del Dueso a la cárcel de San Fernando. Allí, al encontrarse en su ambiente, en el terreno tantas veces pisado en su infancia, generó en él la idea: «De aquí he de evadirme.»

Nueve años hacía ya que estaba preso.

A otros alcanzaron amnistías, indultos, reducciones de penas. Para él no hubo jamás gracia alguna. Considerado uno de los irreductibles, por su temperamento inflexible y su carácter arrebatado, que no se plegaba jamás a exigencia alguna, que protestaba siempre ante todas las injusticias, que consideraba indigno de sí toda claudicación ante el cura, las monjas, los empleados de prisiones, se le fué sistemáticamente excluyendo de toda medida de «clemencia».

¡Cuántas palizas habían llovido sobre sus espaldas! Suerte que era un atleta, una naturaleza de hierro, un ejemplar magnífico de hombre, de esa raza andaluza de la montaña, que ha dado los ejemplares espléndidos que aún hoy se encuentran en la serranía de Ronda.

¡Pero si su madre lo hubiera visto, después de esos terribles nueve años de encierro! Enflaquecido, encorvada su alta talla, las sienes plateadas, los ojos

hundidos. Sobre él había caído la losa de la cárcel como si fuese una tumba. Su padre fusilado, sus hermanos exilados, la pobre vieja viviendo de milagro, ¿quién podía acordarse de él? Entró en el penal a los 23 años. Tenía ahora treinta y dos. Soltero, sin novia formal—que quizá no le hubiera olvidado, pues la mujer andaluza es frecuentemente casta y fiel a sus primeros amores—, nadie le envió jamás ni un paquete de comida, ni una carta. En su pueblo, un villorrio cercano a Medinasidonia, mataron a todos los hombres jóvenes que no pudieron escapar antes de la entrada de los «nacionales». El cayó años más tarde, vencida ya la revolución en España. Vivió, salvándose por verdadero milagro, esa etapa horrible que se extiende del triunfo del franquismo en Andalucía hasta los años 45 y 46, en que el fin de la guerra mundial y el temor de intervenciones extranjeras, moderó los furios de la reacción en España.

Era aún muy joven durante la guerra civil para recordar muchas cosas de ella y para ser envuelto en su vorágine. Pero el espíritu y el recuerdo de su padre muerto, el ambiente de terror y de odio respirado en su pueblo, en su casa, en su comarca, todo debía empujarle fatalmente hacia la Resistencia, en donde empezó a militar.

Y cayó en una de las redadas policíacas, encontrándose trabajando de su oficio de panadero en Madrid.

salvajismo de Stirner», aparecido en «Ruta» de Toulouse. (N.d.T.).

(12) Leamos de nuevo a Fontaura: «Uno de los pensadores que más empeño ha puesto en destruir la idea de «Dios» ha sido Max Stirner». (L. Cit.). N.d.T.).

(13) *L'Unique et la Propriété*, traducción de Henri Lasvignes, introducción de F. Planché, prefacio de E. Armand (París, Ediciones SLIM., 1948), p. 29, n. 12.

(14) Ediciones del *Libertaire*, París 1910, y Ediciones de *L'Anarchie*, París, 1912. La sola edición aprobada por el autor es la del *Libertaire*.

(15) El libro de Roudine está completamente agotado. (N.d.T.).

(16) Este estudio de Manuel Devaldes, pionero en el libertarismo de una concepción que él denomina «pacifismo científico» tiene su valor, como puede verse. Devaldes es un neomalthusiano, de la escuela de Paul Robin, pero que estudia a fondo la cuestión de la población y de las subsistencias denunciadas por el economista británico Malthus. Sin duda los lectores recordarán la traducción al francés del valioso folleto «Malthus et l'Anarchisme» (La Brochure Mensuelle), debida a Devaldes (como así uno de los pocos estudios que ha sido traducido al cas-

tellano: «La maternidad consciente» («Estudios», de Valencia). Devaldes no ha sido él sólo a batallar en pro del neomalthusianismo. En Francia la pareja de los Humbert desde «La Grande Reforme» sembró de lo lindo por doquier. De no haber muerto, Sebastián Faure, hubiera expuesto, con su oratoria sin par, este magno problema, cual era su intención, como se desprende de la lectura de sus últimas cartas. (Véase la biografía que escribió sobre Faure, la compañera Jeanne Humbert).

La supernatalidad, sin embargo, va creciendo en un grado alarmante por todo el mundo; mientras que el progreso científico en el marco de la sociedad dominista merma las posibilidades de vida económica a los pobres. De ahí una desproporción gigantesca en el disfrute de la riqueza económica que ha de traer sus graves consecuencias guerreras y civiles. El Estado evolucionando hacia el totalitarismo y la supremacía internacional, la guerra casi en estado permanente, la psicosis bélica continua, el embrutecimiento masivo y mundial de las masas trabajadoras para hacerlas aceptar el sorprendente caos autoritario que rige el orbe, etc. Causas todas del instinto biológico de la especie que, lejos de razonar globalmente hace añicos los deseos probables de Devaldes referente a su pacifismo científico. (N.d.T.).

Después de un largo período de encarcelamiento preventivo, pasó ante un Consejo de guerra por actividades subversivas, siendo condenado a treinta años.

Otros, con treinta años como él, estaban ya en la calle, en libertad vigilada, beneficiarios de toda esa red de medidas franquistas con las que el régimen ha querido presentarse como humanitario y avanzado: la redención por el trabajo, la especulación política y religiosa de la Falange y de la Iglesia, turnándose en la explotación del pánico y la miseria de los presos.

El no. El no quiso plegarse nunca, renunciar nunca a ningún derecho. Aceptar nunca sin rechistar ninguna medida impositiva. Era a la vez el terror y la víctima de todos los cabos de vara. El terror, porque temían sus reacciones violentas, su fuerza hercúlea; la víctima, porque, aprovechando la impunidad que les concedía el cargo y la protección oficial, en el se enseñaban cuando podían.

¡Qué largos fueron aquellos nueve años! Siempre solo, con pocos amigos, sin relación exterior, rumiando siempre; buscando siempre un fin a su calvario. Esperando siempre, con esa fe inalterable que sostiene a todos los cautivos.

Pero hasta que llegó a San Fernando, no pensó seriamente en evadirse. Allí estaba en su casa, cerca de su vieja, en terreno conocido.

*

—¿Decididamente esta noche, Jaime?—susurró a su oído Gosme, su compañero de celda.

Para evadirse no podía ser solo. Unicamente la complicidad de todo el grupo del dormitorio podía permitir la fuga. De los cinco que estaban en la misma celda, sólo tres se mostraron decididos a evadirse. Los otros, prontos a extinguir condenas más leves, preferían esperar y no arriesgarse. Pero su silencio era indispensable para el buen éxito de la evasión. Ellos, por su parte, tenían organizadas las cosas de forma que la responsabilidad de los que quedaban no fuese incurso en su fuga. Habían decidido incluso, de común acuerdo, hacerles perder el sentido de un puñetazo, para que los encontrarán desmayados en la celda y no pudiesen acusarles de haber sido cómplices de la evasión, con su silencio.

Generalmente, en las cárceles y penales no hay chivatos. La ley del presidio es implacable con los que hablan y venden a sus compañeros. Esa ley se aplica y se respeta lo mismo entre los políticos que entre los comunes. Una debilidad o una cobardía son casi siempre castigadas con la muerte. Aparte los chivatos profesionales, aquéllos que los presos ya saben que son introducidos entre ellos con la misión explícita de vigilarlos y de descubrir sus planes; los otros, los verdaderos compañeros de presidio, esos no chivatean. ¡Con cuánta paciencia Jaime y sus amigos habían preparado aquella noche y con cuánta impaciencia la esperaban!

Precisaba que no hubiese luna en el momento del cambio de centinelas. Precisaba además que esa noche sin luna coincidiese con el servicio de ronda de un determinado oficial de prisiones. Precisaba, en fin, que tuviesen bastante suerte para franquear las puertas, antes de que la alarma fuese dada.

Pero nada es imposible para los presos. Durante meses, cada día un poco, fueron limando los dos barrotes de la ventana por donde debían deslizarse hasta el techo de la galería inferior, y desde ella ganar el patio, y escalar el muro que debía conducirles a la calle. Sólo tres hombres jóvenes y desesperados podían embarcarse en tal aventura. Los otros dos, más maduros, movían la cabeza con desaliento murmurando:

—Seréis cogidos. ¡Y vaya paliza que os espera! Y agravación de pena. Ya podéis despediros de la libertad por muchos años.

—Por los mismos que ya contamos. Tampoco saldremos hasta que caiga Franco. ¿Qué vamos, pues, a perder? Si no nos dejan secos de un tiro, no tendremos de más ni de menos de lo que ya tenemos.

*

La noche llegó, al fin. Poco a poco todas las luces fueron apagándose en el inmenso edificio. Octubre terminaba, y aun no hacía frío y los días eran suficientemente cortos para que las noches fuesen convenientemente largas.

De los tres, Jaime era el más sereno y el que visiblemente dirigía las operaciones.

Hasta después que pasó la primera ronda, no terminaron de aserrar los barrotes de la ventana. Por un agujero inverosímilmente pequeño debían deslizarse los tres cuerpos flexibles. Nada hay tan elástico como la carne humana.

Pasó la primera ronda. Entre la primera y la segunda, había dos horas y media de intervalo. Sería inmediatamente después del paso de la misma, cuando la gran aventura tendría comienzo.

El oficial de ronda deseado, era un joven aturdido y presuroso, que sólo ansiaba terminar pronto su tarea y que hacía pasear a sus hombres por las galerías como almas que lleva el diablo. Con él, ningún riesgo había de que se diesen cuenta de los barrotes limados.

Entre el paso de la última ronda y el cambio de centinelas existía todavía otro vacío de más de una hora. Ese tiempo debían aprovecharlo para deslizarse hasta el patio y, desde él, escalar los muros, sobre los que, agazapados, esperarían los diez o quince minutos durante los que el centinela saliente y el centinela entrante cambiaban unas palabras y fumaban un cigarrillo, al relevarse.

Cuando hubo pasado la primera ronda, los tres hombres empezaron silenciosamente su trabajo. La lima de que se servían había sido facilitada por otro preso, empleado en el taller de reparaciones del penal y que salió en libertad hacia un mes y medio. Como consiguieron esconderla y salvarla de todos los registros periódicos efectuados en las celdas y sobre los presos, sólo Jaime y sus amigos lo sabían.

Los barrotes fueron terminados de limar en el tiempo previsto. ¡Cuán largas eran las horas y cuán cortas a la vez!

Después de la segunda ronda, los tres hombres se decidieron a pasar por la brecha practicada. Jaime pasó el primero, ágil y felino, flexible como un gato. Para Gosme, la cosa fué mucho más difícil, pues era ancho y más viejo y sus músculos no tenían tanta

elasticidad. Pero cuando le llegó el turno a Eusebio, el problema se hizo casi insoluble.

Desnudo completamente, untándose el cuerpo con aceite y tirando de él desesperadamente los otros, al fin consiguió pasar. Estaba ya fuera, cuando uno de los dos que quedaban prorrumpió en voz baja:

—¿Y nosotros? ¡Os habéis olvidado de zumbarnos!

Jaime volvió a pasar, maldiciendo el olvido que les haría perder unos minutos preciosos. Pero no tenían derecho a comprometer la suerte de los compañeros que se quedaban. Después de asestarles dos buenos puñetazos en la mandíbula, dejándoles convenientemente sin sentido, otra vez el largo cuerpo franqueó el boquete y se reunió a sus camaradas.

Con precauciones infinitas, haciendo menos ruido que un gato, deslizándose silenciosos por los tejados, así los tres hombres fueron ganando terreno.

Llegaron sin dificultad al patio; escalar los muros exteriores era mucho más difícil. Fácil para el primero, que encima de los otros dos llegaría a la cima, y podría tirar del segundo, pero, ¿y el último?

El último fué Jaime. Sobre sus espaldas robustas se izaron los otros dos. Luego, con una manta que llevaba arrollada al cuerpo y que dió a sus compañeros, trepó a su vez, con agilidad increíble y evitando todo ruido.

¡Pero cuántas veces el rodar de una piedrecilla descarnada, el ligero golpe de un movimiento falso estuvo a punto de venderles!

Una vez sobre las tapias, erizadas de alambres y pedazos de botella, fué la penosa espera del relevo de la guardia.

Desde donde se encontraban oían las voces de los soldados, cuando llegó el segundo equipo nocturno.

—¡Cuánto me tarda terminar el servicio! ¡Esto es una vida de perros!

—¿Te falta mucho todavía?

—Si todo va bien, seis meses.

—¡Bah! Seis meses se pasan pronto.

Jaime hizo un signo a sus compañeros.

—Es el momento—susurró más que dijo.

Sirviéndose de la manta, prolongada por los brazos de los dos otros, llegó al suelo el primero. Una vez más, Jaime quedó el último. El era el que más arriesgaba. Pero la indefectible solidaridad que les unía, hizo de los otros dos cuerpos una escalera, por la cual fué deslizándose hasta el suelo.

Por sigilosos que fuesen sus movimientos, por ágiles y rápidos, algo llegó hasta los centinelas.

—¿Has oído?—dijo uno. Parece como si alguien andara por ahí.

El soldado se echó el fusil a la cara.

—¿Quién vive? ¡Alto, o hago fuego!

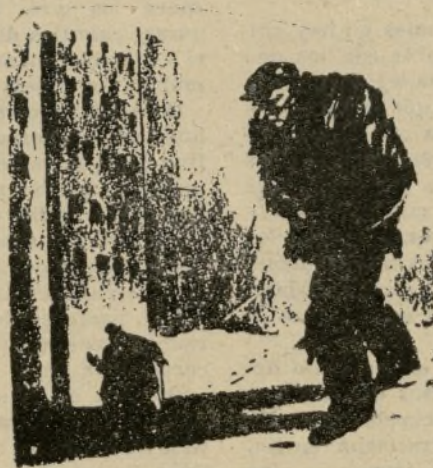
Los tres hombres se lanzaron en el más loco galope, alejándose, con toda la velocidad que les permitían sus piernas, de las paredes de la cárcel.

Una salva de disparos puso en movimiento el dispositivo de alarma. La sirena empezó a lanzar su nota aguda y siniestra, paralizando la sangre en las venas de los presos.

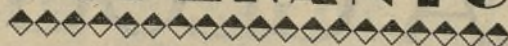
La noche negra y acogedora; el mar movable de hombres, de casas, de pueblos hospitalarios, se extendía ante la planta angustiada de los tres fugitivos. ¿Sería la solidaridad humana más fuerte que el terror gubernamental?

Pregunta que se formulaban, como en muda plegaria, centenares de presos despertados por la sirena, comunicando en el mismo doloroso anhelo de libertad con los tres audaces que corrían en la noche huyendo de los sabuesos lanzados sobre su pista.

Federica MONTSENY



ESPERANTO



La vida del idioma internacional



ESTOY convencido que la generalización del idioma auxiliar mundial tendría en su día las más felices consecuencias para las relaciones internacionales; pero sería muy conveniente hacer de él obligación de enseñanza en los programas escolares.

EXPOSICION DE PUBLICACIONES EN EL IDIOMA INTERNACIONAL

Entre los grandes preparativos hechos en Montevideo en ocasión de la conferencia general de la U.N.E.S.C.O., figura una exposición que presenta los resultados obtenidos por el idioma internacional «esperanto», después que éste existe y funciona en la práctica.

La exposición presenta la evolución y los progresos realizados por la lengua internacional después de su nacimiento en el año 1887 hasta el año 1954. La parte central y la más importante consiste en dos mil trabajos literarios, traducidos al esperanto o compuestos directamente en dicho idioma. Mas ello no representa sino una pequeña parte de la literatura esperantista. Dentro de la Sección de Ciencia y Filología están expuestos 110 diccionarios de especialistas diversos, obras científicas escritas directamente en esperanto, resúmenes de obras nacionales, traducciones en lenguas nacionales de obras de esperanto. En otra Sección están expuestos los periódicos y revistas esperantistas más importantes. Entre ellos se encuentran también periódicos y revistas que ya no se publican. Los periódicos científicos, revistas y folletos, al igual que numerosas revistas escritas en lengua nacional con resumen o firmas en lengua internacional, presentan un real interés.

Es necesario mencionar los gráficos muy ilustrativos, los cuales explican la evolución de la lengua internacional por números, la difusión de información por los periódicos esperantistas, las emisiones radiofónicas en esperanto, el número creciente de personas que conocen el idioma internacional, la manera donde uno puede aprender actualmente el esperanto. Es remarcable que sólo haya un pequeño porcentaje de personas que hayan aprendido el esperanto dentro de las escuelas (1,6 %). La gran mayoría lo ha aprendido (54,2 % en los cursos libres de noche organizados por las asociaciones esperantistas, o lo han aprendido solos (40 %). Hay que hacer constar también, los esperantistas que aprenden la lengua esperantista como idioma familiar (4,2 %).

Varios gráficos presentan la organización del movimiento esperantista dentro del mundo entero. Sobre un gran mapa están marcados por signos distintivos todas las localidades donde se encuentran las organizaciones esperantistas,

los delegados del movimiento esperantista, las direcciones de las instituciones esperantistas internacionales, las casas de ediciones de libros en esperanto y las relaciones de periódicos y revistas editadas en el idioma internacional.

Dentro de las Secciones de Turismo y Comercio se encuentran las guías turísticas y folletos editados por varias ciudades (más de 600 ciudades han editado folletos en el idioma internacional), pasquines de propaganda de diversas ferias que utilizan el idioma internacional. Se encuentran en los folletos y pasquines de propaganda, varias Casas comerciales que se sirven del esperanto como fin de su propaganda comercial.

La última Sección de la exposición, es reservada a las obras nacionales que conciernen al esperanto, a los libros de clase y a los diccionarios (ya han sido publicados por el esperanto, más de dos mil en cincuenta y dos idiomas), al igual que traducciones en lenguas nacionales de diversas obras en esperanto, escritas directamente en dicho idioma o bien en idiomas nacionales. Siendo por ejemplo, que de obras de Sienkiewicz, de Proust, Arzeszko, Tchapek, Petöfi, Vazov y de otros autores, han sido traducidas en chino, después de la traducción hecha en esperanto. El trabajo de Ajsberg sobre la Radio, escrito directamente en esperanto, ha sido traducido en 18 lenguas nacionales.

La exposición ha sido organizada por la Asociación esperantista del Uruguay, en colaboración con el Centro de Estudios y de Documentación de la Lengua Internacional de Londres.

EL ESPERANTO, LLAVE DEL MUNDO

Cierto, el esperanto aún no es bien conocido para poder encontrar a cada paso simpatizantes esperantistas. Pero nosotros podemos afirmar que el idioma auxiliar permite viajar muy lejos de las fronteras propias. Me permito señalar algunos pasajes de mi vida de esperantista, con el ánimo de daros una idea del valor de nuestro movimiento.

He tenido el placer de ser recibido por una familia inglesa de Londres en 1934. Como muchos de mis compatriotas había aprendido un poco de inglés en la escuela. No obstante, debo confesaros, que me habría encontrado en muy mala postura si hubiera tenido que expresarme en dicha familia en el referido idioma. Mi interlocutor, por su lado, había aprendido el francés. Pues bien, nos encontrábamos los dos en la misma mala postura para expresarnos, y gracias al esperanto, hemos podido convivir y cambiar impresiones durante ocho días, sin ninguna clase de dificultad.

En 1930, un japonés procedente de Inglaterra y donde no había utilizado otro idioma que el esperanto durante su per-

Cuestiones de enseñanza

LA GEOGRAFIA

La enseñanza de la geografía presenta un carácter de utilidad práctica y un gran valor educativo. Se dice que la geografía es a la vez una descripción y una demostración. Por estas razones, contribuye al desarrollo de ciertas facultades, tales como la observación, la imaginación, el razonamiento. Es a ellas a las que se llama cuando, en una lección de geografía, se hace de la imagen «la fuente del conocimiento».

Antes era la memoria la sola facultad que se estimulaba. Al relegarla a segundo término, dando al estudio de las imágenes un papel primordial, se facilita la misión del maestro y de los alumnos, colocando en el primer plano a la inteligencia, a la atención, a la reflexión, al razonamiento, al buen juicio. La lección de la geografía es también una lección de cosas y es mucho más eficaz en clases como los cursos elementales. La utilización de grabados facilita la comprensión del alumno, evita el sobrecargar su memoria y hace la lección viva y agradable. Los niños son incapaces de comprender bien una lección estrictamente oral. Prácticamente no puede hacerse sin grabados. Ellos sirven para concretar las bases, los términos geográficos, que son abstractos y con frecuencia demasiado complicados, y cuyo sentido los niños ignoran. La lección ha de consistir en «explicar» las imágenes, la descripción siendo solamente un coronamiento de la observación.

Sin embargo, no se puede generalizar. A medida que el niño va creciendo, para que una lección sea comprensible, no basta con la imagen. Ella ya no es más que un instrumento, una representación, una explicación que viene a precisar y a fortificar la impresión producida por las palabras del maestro y que ayuda al alumno a mejor comprender y a mejor retener la lección. No se trata de la lección leída, sino de la lección explicada por el maestro, teniendo cuidado de simplificarla, de buscar las palabras apropiadas y perfectamente comprensibles, las expresiones sugestivas y las comparaciones exactas que darán al relato toda su fuerza. En

las clases de los grandes, la lección de geografía no es ya solamente una «exposición de cosas», sino una «exposición de hechos» que se encadenan y se suceden los unos a los otros. Ya no es posible representarlos únicamente con ayuda de la palabra o de los textos. La imagen, entonces, sólo sirve para ilustración y complemento.

Para dar una buena lección es preciso, en mi opinión, hacer un uso inteligente y equilibrado de la imagen y de la lección. La una no debe excluir la otra, sino, por el contrario, fundirse y completarse.

La enseñanza de la geografía debe dejar un gran espacio para la observación. Debe ser intuitiva y concreta. Debe proceder por el método de lo conocido a lo desconocido. Las definiciones aprendidas de memoria son pronto olvidadas, si ellas sólo reposan sobre la memoria. Como dije en el anterior artículo, el alumno sólo retiene lo que ha comprendido, porque lo ha visto, lo ha descubierto, lo ha observado.

Este aspecto de la enseñanza debe basarse asimismo en la imaginación. El niño debe poder representarse de forma viva y coloreada las cosas que se le han explicado. Para esto es necesario que la lección del maestro sea también coloreada y viva, a la vez que concreta. Los grabados, las postales, los cuadros, le ayudarán. Precisa, inmediatamente, que el razonamiento funcione. Hay que poder demostrar. Para esto, hay que partir de los efectos y remontar hasta las causas. Se enseñará al niño a plantearse naturalmente el por qué de tal cosa y se despertará en él el deseo de conocer la respuesta.

Si la lección de geografía ha conseguido despertar todas estas facultades directoras, ella será eficaz y bien retenida. El niño la recordará fácilmente. Y ella desbordará el cuadro de la geografía propiamente dicha, para ser una gimnasia intelectual, propicia para el buen desarrollo del espíritu.

Vida ESGLEAS-MONTSENY

manencia en dicho país, vino a hacerme una visita. Su esposa, que había, al igual, estudiado el inglés, se encontraba incapaz de hablarlo. Este señor continuó su viaje a través de toda Europa e hizo seguidamente la vuelta a América.

En el mismo año, un ciego de Colonia, viajando solo, llegó a Lille. Había aprendido nuestra lengua auxiliar desde hacía sólo seis meses. Cuántas veces he oído decir: «Mi miras ne mi tiel bone vin komprenas». (Estoy extrañado de ver que usted me comprende tan bien.) Yo he ido a Holanda sin más recurso que el esperanto.

Ver el extracto de un artículo aparecido en «The Esperanto Monthly», de fecha marzo de 1919:

«Primero. El esperanto permite las relaciones extranjeras

con sólo tres o cuatro meses de estudio a los jóvenes escolares. El mundo limitado, pasa a ser ilimitado.

«Segundo. El esperanto facilita el estudio de un idioma nacional. El que enseña el esperanto, enseña por esperanto. La comparación hacer observar, despierta y aclara los espíritus adormilados.

«Tercero. El esperanto contribuye a la educación individual, nacional e internacional por correspondencia directa y personal, por el contacto de los espíritus, gracias a medios y ocasiones insospechadas.»

Louis LUMIERE

(Traducción de Pérez Guzmán.)

PROPIEDAD FACINEROSA



LOS señorios feudales, tanto eclesiásticos como civiles, de los que procede la propiedad, sobre todo prediaria—*prædium*, *præda*—de hoy, tuvieron por progenitores espúeos al sacomano y a la conquista, al pillaje mesnaderil y pendongo-pindongo; además de lo que procrearon, en tan bastarda familia, el recaudo diezmero y la captación confesional. En resumidas cuentas; las uñas lo allan

gan casi todo en ese barrencalle.

Los cachorros de Lupita (de la Loba) roban en España sustancia y accidentes—el suelo y el vuelo o cielo, así como el subsuelo—al miserias aborigen, de que nosotros somos sobolicios y sodalicios, siempre al sobo y sin más tisanas que soda. Los gundisalvos de la goticidad les escalpan hasta el cuero cabelludo a los hispano-escipiónicos. Y los criticolas dejan sin bulbos pilosos y desnudan como nazarenos a la morisma, a la que España había hecho de sí misma don, por el asco que le daban todos los Salvadores. El descabello del pato, en conclusión, dura siglos, y la pobre palmipeda es la que acaba siempre en el espetón, en todos los convivios y en todas las tracamundanas.

Los caudillos de siete colas han repartido, entre sus com-pinches de bandera, edes y fundos; éstos, con el nombre de «honores». De este deshonor vienen los «honorables» y los «honrats». El que no es finquero, no es honrado. A cada Longinos le tocó una lonja o girón del taparrabos de Cristo; quien se queda ¡el pobre! ni en bikini, expuesto a todos los refrios. Al vecindario de la aldea y del alfoz se le enredila apenas en un corral.

El siervo que no es dueño de su sudor, ni de su pudor, ni del kilo de arcilla que lo aguanta. Su mujer ha de criar gratis los rorros legítimos y trastamaras del conde y del conde y del abad, que los tienen a docenas hasta de la burra. La hija del pechero hará de galopina del señor; y le calentará el lecho con el cuerpo virgen, al irse el hidalgo a dormir. El hijo mozo le cultivará el betabel, le segará el trébol; y bailará encuerado ante sus rosales, para sacarles una escaldadura de color a la cara de siempre novia. Todos juntos o en comandita levantarán la catedral y el castillo, sin oler óbolo; y poniendo la piedra, el yeso, el cemento y la cal; y recibiendo la administración de más de

un orden de palos, porque impera en toda su ferocidad el jus male tractandi.

Como ose nuestro sufrepensas desencamar una liebre o alzar los huevos del nido de una perdiz, se disputarán el auparlo por el pescuezo a una rama el guardabosque, el pertiguero, el merino, el bayle y el zalmedina. Más que estos viles esbirros, lo ahorcarán las corveas, las exorquias, cugucias, las intestias, las arcias, los fonsados, las arsinas, las infurciones, la firma de espolio y otros mil malos usos de la posesoriedad hasta el abuso.

Poner de estribo las costillas a las amazonas que salen a caballo a cazar, se tiene por un galardón. Azotar de noche el rastrojo, para que los grillos no perturben el descanso dominical o de los dómines del alcázar, es deporte que hay que hacer de buen talante; para no servir de pasto a la jauría de ventores, que tienen profesor para su amaestramiento, médico para atizarles lavativas y bufones y juglares para que los diviertan.

Cuando para el enfiteuta o el glebario alborea un rayito de vida en rosa o independiente, concediéndoseles a censo en colonato o en aparcería un quíñon de baldío, el obispado o la baronía se les comerán incluso los caracoles de que puedan desbabar las zarzas después de una lluvia. Pagarán al vinculero o forero insoportables gabelas por encantar una rana, ya enfabada en el río, por bautizar sus escarolas, por hacer de acémila en la noria señorial y alumbrar agua para lavar la piara ajena. Lo pernerán por descepr unas brañas para calentarse en el monte; o por rasurarle o éste cuatro yerbajos para los conejos, si se los dejan tener. Le hundirán el puente de los hombros pontazgos, portazgos, viazgos, almojarifazgos, alcabalas, maquilas; y los derechos que abonará de horno, de aceña, de lagar, de forja, de herradero, de garañonía. Con la bola de trancazos, que le acomodarán a manta y por cualquier bagatela, podrían estacarse diez leguas de praderío. Y aun habrá de besar de rodillas reconocidamente la mano del sayón que no le deja sano un hueso, pero que pudiendo no lo revienta a coces. Porque, por eso, el infinitamente infeliz es llamado el hombre de cuatro ochavos, en covachuelas y pretorios; porque con esa irrisoria cantidad se pugna su muerte violenta ante el Tribunal.

Angel SAMBLANCAT

Tener corazón e inteligencia no basta, precisa prodigarlos asimismo para los demás. — SCHUBERT.

FILOSOFEMAS

LA MASCULINOCRACIA

(CONTINUACION)

El pobre explotado por la tiranía económica, la sola «explotación» que ve su misera vida, explota a su vez a «su» mujer en su familia. Es la mayoría de las veces el bruto profligico que le impone una maternidad abrumadora y, contra la cual, como remedio de regeneración social, le propuso Malthus la castidad voluntaria. Lo cual no deja de ser una sensiblería. Razonar a los instintivos sobre la cuestión sexual es predicar en el vacío.

Ni el mismo Paul Robin (neomaltusianismo) ha podido tener una amplitud social, a pesar de haber tenido defensores tan proselitistas como Eugenio y Juana Humbert. ¿Qué decir, entonces, de Devaldes, creador de su «pacifismo científico»?... «La cuestión social se resume a una cuestión sexual» clamó el dilecto autor de «La Maternidad Consciente». Pero si los hombres no han podido ponerse de acuerdo sobre la simple y grosera cuestión económica, en donde la razón podría abrirse más fácilmente camino, mucho menos se pondrán sobre la cuestión genésica profundamente instintiva. Es ya archisabido que «tiene el amor razones que la razón desconoce».

Haría falta un mundo de sabios (y son éstos rarísimos en todas las épocas), un mundo mucho más perfecto que las tres décadas en donde floreció Pericles, para que el Amor imperara en la Tierra. En nuestro mundo de brutomaniacos y de «homo belicosus» que justifican el aserto de «Hobbes: «homo, lupus domini», el amor es un acto de posesión y lujuria.

Ved a esa pobre «figuranta» tan magistralmente descrita por la prosa de Frapié, perseguida sexualmente por el señorito de la casa. Ved a esas empleadas de los grandes almacenes, obligadas a dejar el empleo o ser sobadas a discreción por patrones lujuriosos. Ved... podríamos citar mil ejemplos de barbarie sexual. En todos se demuestra el lado sanguinario y caricaturesco del supuesto amor humano.

No evitemos en nuestra crítica a la clericalia. Según el rebaño de los fieles engañados y embrutecidos, los rufianes (as) de la barba de San Pedro están libres del instinto genésico. ¡Qué enorme cuento! Como si las monjitas no tuvieran menstruación y óvulos. Y como si los ensotados caracieran de espermatozoides. Todos conocemos las alucinaciones místico-sexuales de santa Teresa y la tentación de San Antonio, pintada como nadie por Flaubert. Ahí está «La Religiosa», de Diderot, y están también ahí las enormidades sexuales que se extrajeron de los conventos en la revolución española, expuestas al público...

La castidad total que preconiza la Iglesia como santidad máxima es una locura. La castidad moderada es buena, porque vigoriza el cuerpo y la inteligencia. La obsesión sexual es también otra locura. La satisfacción periódica, «científica», de la necesidad sexual, aplaca la preocupación sexual en ambos sexos.

Entremos, pues, de lleno, en la concepción amorosa que yo expongo, pero que no propongo, pues no soy ningún predicador ni tengo ínfulas de serlo. Desde luego, no es nueva. Ha tenido sus expositores (as) en todos los tiempos. Es el pluralismo amoroso y libertario.

Narra Han Ryner («El Amor Plural») una escena maravillosa. María Luisa, dilecta compañera, amada y comprendida, se enamora sexualmente de un hombre de altura. Lo lleva a su hogar. Mientras el compañero escribe unas notas para una revista, goza ella con su improvisado amante en la sala contigua, de los deleites de Eros. El compañero los saluda antes amistosamente, besa a su amada y les desea mil felicidades...

He aquí algo a hacer rugir a la masculinocracia en pleno. Eso es inconcebible. Los groseros entenderán que «él» lleva astas y que «ella» es una ramera. Cuestión de entendimiento, hermanos. Para mí los dos son seres libres y los que así no piensen, por autoritarismo, meros y superficiales esclavos. La escena citada indicar no quiere que a una compañera todo obsesionado deba abordar y que un compañero deba permitir que su amada sea el colchón de los lujuriosos, más o menos disfrazados. Armand, en su reciente obrita «Pluralismo», deja bien asentado todo esto.

Además, no hay porqué crear tanto tabú sobre el sexo. Los órganos genitales son menos hermosos que el pensamiento. No hay porqué esconderlos, como se hace, de la comprensión y de la conversación. Aclaro, ya que, particularmente, soy un temperamento casto, pues podría creerse lo contrario. Para mí el sexo no es, y desde lejos, lo «más grande» que hay en la vida. Pero abordo este magno problema sin la usual hipocresía.

Ser pluralista en amor, no significa que «toda mujer deba acostarse con uno», como podrían creer todos los masculinócratas. No significa tampoco que todo hombre deba ser perseguido por una gacela alzada. Todo eso es barbarie pura. Uno puede exponer sus ideas, sin imponerlas prácticamente a nadie. Yo soy pluralista y tengo excelentes amigos an-

clados en el «unicismo» que respeto. La anarquía estriba precisamente en eso: en el respeto. Respetar a los otros y que los otros respeten nuestras concepciones. Estas líneas no están trazadas por un iluso que cree que el pluralismo amoroso conviene a todos, pero que si cree que es el Amor verdadero.

—o—
Así lo comprendió también María Lacerda. En su «Han Ryner y el Amor Plural», esta mujer poco ordinaria fué la creadora precisamente del vocablo «masculinocracia». Así lo entiende también Vera Livinska, otra mujer libre, otra Venus verdadera, en el seno del rebaño de sus hermanas esclavas. Ser amada o amado, por varios seres de nuestra elección, porque la vida toda es variedad y pluralidad, no ser considerados como meros objetos de placer, como instrumentos de lujuria, como receptáculos de los ardores genésicos, etc.

—o—
Si el Amor no es lo más grande, el Amor verdadero si es lo más bello. «So para amar foi feita a vida», decía María Lacerda. Ese amor puro que describe Flammarion en «Estela», aunque unicista, es digno de exaltación. Nada de malo hay en que la Estela que acompañe mi vida sea completamente libre, incluso en el sexo. Nada de malo hay que ame a otro a la vez que a mí me ama. Nada de malo hay en que otros la amen como yo la amo.

—o—
Los celos son una enfermedad extirpada en el pluralismo amoroso. Como hombre al amar a una mujer no la amo «para mí», para «poseerla», para «gozar con su cuerpo» más o menos apetecible y hermoso. Amo en ella, «a ella». Supongamos que le expongo mis sentimientos amorosos. Supongamos aún que los rechaza y que acepta los de otro u otros. Pues bien, encantado de la vida. Yo «sólo» deseaba amar «su felicidad». Si esa dicha la encuentra más allá de mi afecto y de mi amor, debo seguir amando esa felicidad. Debo sentir cariño hacia quien se la proporciona o hacia quienes se la proporcionan. El lloriqueo, la violencia sexual y celosa y demás tonterías, son cosas que se hallan aun en la más baja animalidad.

—o—
Los idiotas que «matan» por celos a las mujeres que querían, según la verbomanía corriente, demuestran que no las quisieron nunca. O mejor dicho, si las quisieron. Pero para uso exclusivo, como «propiedad privada» a la que nadie debía tocar. De estos locos está el mundo lleno y, de sus víctimas las tumbas repletas.

—o—
El pluralismo amoroso no está al alcance de todas las mentalidades. Fácilmente las pigmeas mentes de los hombres lo traducen por las saturnales romanas o por las orgías de la soldadesca desenfrenada. Instintivamente creen que se trata del «harem» árabe y se sienten ya los «caids» de un «bled» argeliano. «Acostarse con la linda mujer del vecino» en seguida. Pero empuñan el cuchillo si «su» mujer intenta solamente hacer lo mismo.

—o—
Desprejuiciados, queridas hermanas que esto leéis, pueden contarse los hombres con los dedos de las manos. Hay por esos mundos del diablo falsos pluralistas como dentaduras postizas. Ojo con ellos. Una mujer es algo más que un sexo, que un depósito para recibir el derrame periódico de sus plétóricas glándulas genitales.

El Amor para ser puro debe ser enfocado por la sabiduría. No lo entienden así muchos. Tal es el caso de un prolífico escritor que ridiculizaba a Stefan Zweig porque era amado por una joven a la que llevaba 26 años. Demostraba el plumífero que el amor debe basarse en el mecanismo del sexo. Insinuaba que el malogrado suicida de Petrópolis veía en la joven aquello de «las mujeres jóvenes y el vino añejo». No veo yo por qué una joven no puede amar a una persona incluso anciana o un muchacho ser amado por una hermana que haya rebasado los cincuenta años. No es la regla común, se dirá, pero a mí me importan muy poco las «reglas comunes»...

—o—
Hay aquello también de la «belleza» física. Mi simpatía va hacia la mujer que prefiere a Sócrates. Hacia la Eva que se deja amar por Crates. Hacia las Venus silentes de Krotono, inspiradas por Pitágoras. Lo que cuenta es la hermosura interior, la riqueza del pensamiento, la belleza del alma.

—o—
Cuando el cincel maravilloso de Miguel Angel esculpió a su inmortal David no lo hizo trajeado como un cónsul o un César romano. Desnudo en mármol de Carrara surgió al mundo, en pleno Medioevo, como perenne desafío a los bárbaros que caotizan el mundo.

—o—
Los verdaderos amigos de ambos sexos son los que no se esconden nada. Ni las diferentes modalidades sexuales de su vida.

—o—
Descorriendo el velo de la social hipocresía, la mujer es también pluralista. Antes de engancharse al carro del matrimonio, impuesto por las costumbres bárbaras, amó a varios jóvenes y aún ama a otros seres con su pensamiento inviolable. En la comedia matrimonial los maridos podrán poseer los cuerpos de sus esclavas. Pero las almas se les escapan. A pesar de todos los leguleyos y polizontes del mundo. Uno de mis filósofos más amados, Han Ryner, en su magistral obra «Tomadme todos», enfoca luminosamente el pluralismo femenino.

—o—
Amáos los unos a los otros. He ahí un fraternismo amoroso de los primeros cristianos que eran pluralistas también en el sexo. Dama Iglesia ha deformado todo eso con el tiempo. Los pobres Mormones han dado con sus huesos en la cárcel por no adaptarse a la hipocresía monogámica difundida por los reptiles de la clericalia. Amémonos, si, con el corazón, con el sentimiento, con el pensamiento y también aplaquemos pluralmente las necesidades del sexo...

—o—
¡Qué audacia!, dirán algunos conservadores... Prefieren, sin duda, ese falso pluralismo que permite la sociedad. Hijos naturales abandonados o despreciados, hijos asesinados en las entrañas de la madre mediante abortos, infanticidios debido a la miseria o a las decepciones monstruosas de un amor de opereta, compra y venta de la carne femenina en el mercado de los ricachos, prostibulos a granel por todas las ciudades del mundo, rameras callejeras saliendo como buhos de las tinieblas, pederastas brutales forzando a criaturas y toda una gama de aberraciones sexuales, con la pestilente moralidad del «matrimonio» monogámico, ese escollo en donde el Amor entrevistado por los ensueños de la adolescencia se hace trizas y para siempre encalla.

—o—
Hermanado con las jóvenes griegas de la maravillosa Helenia, a través de los siglos, opto por el pluralismo filosófico. El Amor debe ser puro. Debe ser grande. Que quienes quieran vivir en el fango hasta los codos se hundan. La vida es demasiado grande para hacerla pequeña. La vida es demasiado corta para caotizarla. Frente al rebaño de

brutomaniacos e inconscientes que erigen como un monstruoso dogma la propiedad privada de la mujer, frente a las legiones de masculinócratas que justifican toda barbarie dominista imperando en el mundo, levanto hacia el azul etéreo la concepción sublime y diáfana del Amor verdadero.

Vladimir MUNOZ

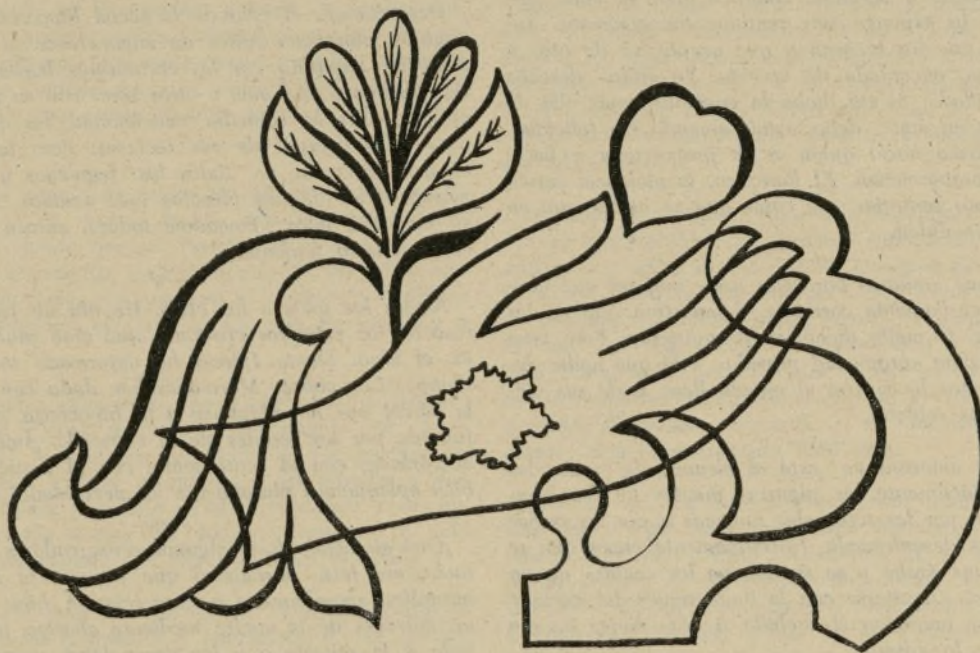
(1) De que la mujer es fácil y codiciada-presa en las periódicas guerras fomentadas por la barbarie humana entronizada en el monstruoso Estado, es de ello testimonio el ejemplo subrayado por mí y extraído de un estudio de James A. Michener, titulado «Paquistán, clave del mundo musulmán». Narra el autor:

«Se efectuó tan numeroso éxodo en el rigor del ardentísimo verano. (Se trata de un éxodo de doce millones de personas en el verano de 1947, a causa del diferendo nacionalista y religioso hindú-pakistaniano. V.M.) Muchos de los parajes que debían atravesar los viajeros eran desiertos. Incontables fueron las penalidades; miles, los muertos. Estallaron terribles motines religiosos en que perecieron no menos de 500.000 viajeros.

«Los de uno y otro bando interceptaban las carretas tiradas por bueyes y acuchillaban a sus ocupantes. No corrían mejor suerte quienes creyendo ponerse a salvo viajaban en tren: sus perseguidores dinamitaban la vía y no dejaban

hombre con vida. En las orillas de los ríos en donde se agolpaban miles de fugitivos, partidas de exaltados los pasaban a cuchillo; era tal la mortandad que las aguas se teñían de sangre. *Se calcula en más de 100.000 el número de jóvenes raptadas de las cuales no volvió a saberse nunca.* Nadie trata hoy de señalar a los culpables de tamaños crímenes. Hindúes y paquistanos por igual se dejaron arrastrar por el frenesí que a entrambos enloquecía.»

Y ya que de la India se trata, mencionemos la muerte reciente de nuestro compañero M.P.T. Acharya, ocurrida en 1954. Uno de los libertarios libres del Asia, unido antaño a la compañera judía Magda Nachman, oriunda de Rusia, fina artista cuya pintura es aún apreciada en la India. Acharya se interesó por la cuestión sexual, opinando que el matrimonio era uno de los aspectos comerciales de la prostitución. Acharya aceptaba con reservas al gandhismo, denunciando sus claros matices nacionalistas y políticos, tan acentuados por Nehru. Acharya, incorruptible, hacía oír por doquier su sentir anarquista.



POETAS DE AYER Y DE HOY

NO OBSTANTE

¡Oh, terremoto mental!
Yo sentí un día en mi cráneo
como el caer subitáneo
de una Babel de cristal.

De Pascal miré al abismo,
y vi lo que pudo ver

cuando sintió Baudelaire
«el ala del idiotismo».

Hay, no obstante, que ser
[fuerte;

pasar todo precipicio
y ser vencedor del Vicio,
de la Locura y la Muerte.

A GOYA

Poderoso visionario,
raro ingenio temerario,
por ti enciendo mi incensario.

Por ti, cuya gran paleta,
caprichosa, brusca, inquieta,
debe amar todo poeta;

Por tus lóbregas visiones,
tus blancas irradiaciones
tus negros y bermellones;

Por tus colores dantescos,
por tus majos pintorescos,
y las glorias de tus frescos.

Porque entra en tu gran
[tesoro
el diestro que mata al toro,
la niña de rizados de oro.

Y con el bravo torero,
el infante, el caballero,
la mantilla y el pandero.

Tu loca mano dibuja
la silueta de la bruja
que en la sombra se arrebuja.

Y aprende una abracadabra
del diablo patas de cabra
que hace una mueca macabra.

Musa soberbia y confusa,
ángel, espectro, medusa:
tal parece tu musa.

Tu pincel asombra, hechiza,
ya en sus claros electriza,
ya en sus sombras sinfoniza;

Con las manolas amables,
los reyes, los miserables,
o los cristos lamentables.

En tu claroscuro brilla
la luz muerta y amarilla
de la horrenda pesadilla,

O hace ascender tu pincel
los rojos labios de miel
o la sangre del clavel.

Tienen ojos asesinos
en sus semblantes divinos
tus ángeles femeninos.

Tu caprichosa alegría
mezclaba la luz del día
con la noche oscura y fría:

Así es de ver y admirar
tu misteriosa y sin par

pintura crepuscular.

De lo que da testimonio:

por tus frescos, San Antonio;
por tus brujas, el demonio.

RUBEN DARIO

(Transcribió Vladimir Muñoz.)

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—«Artículos políticos y sociales». Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—«Poesías». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—«Pepita Giménez». Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe cristiano». Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—«Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—«Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»
a 300 francos el volumen)*

CASTILLO SOLORZANO.—«La Garra de Sevilla y anzuelo de las bolsas». Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—«Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—«Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—«El Diablo Mundo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—«Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—«Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—«Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—«Obras satíricas y fes-

tivas». Prólogo y notas de J. Maria Salvaverria.

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador», «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

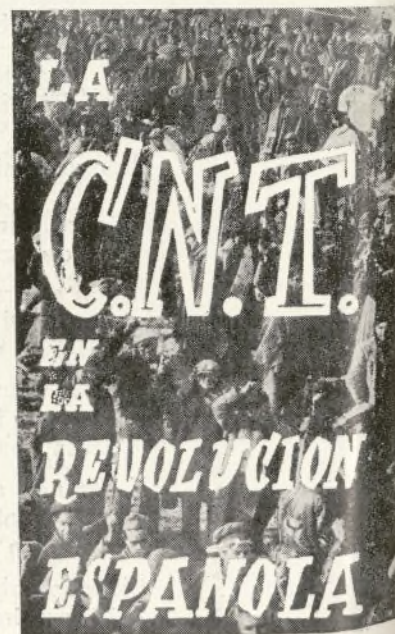
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin. 200 frs.

«Etica», de Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer
todos los estudiosos